



DEL PUEBLO-CHACRA AL PUEBLO-PUZZLE

**Microhistorias
en Ferri (1911-2022)**

Perren-Casullo-Lamfre-
Martinez-Zalazar-Soria-
Perez-Guinder-Cabezas

Del pueblo-chacra al pueblo-puzzle.
Microhistorias en Ferri (2011-2022)



Del pueblo-chacra al pueblo-puzzle.
Microhistorias en Ferri (2011-2022)

EDUCO
Editorial de la Universidad Nacional del Comahue
Neuquén - 2024

Del pueblo-chacra al pueblo-puzzle : microhistorias en Ferri 1911-2022 / Joaquín Perren ... [et al.]. - 1a ed - Neuquén : EDUCO - Universidad Nacional del Comahue, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-604-644-2

1. Historia. 2. Urbanismo. 3. Comunidades Rurales. I. Perren, Joaquín
CDD 306.0982

Universidad Nacional del Comahue

Rectora: María Beatriz Gentile

Secretario de Extensión: Damián Cancelo

Editorial EDUCO

Director: Enzo Dante Canale

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

© 2024 – **EDUCO** – Editorial de la Universidad Nacional del Comahue

Buenos Aires 1400 (8300) Neuquén-Argentina

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio,
sin el permiso de **EDUCO**.

INTRODUCCIÓN



Tal vez para quienes lean este libro la palabra microhistoria pueda sonar un poco extraña, más propia de los arcanos del quehacer historiográfico que de un texto a socializar, o a la inversa, otros la vean un neologismo no del todo riguroso, útil a la hora de estudiar objetos de poca monta. Nada más lejos de la verdad, en una u otra dirección. El concepto de microhistoria es en sí mismo “sencillo” y hace referencia a la operación de disminuir la escala de observación de la realidad a estudiar. Ajustar la lente para mirar de cerca un caso porque se lo considera relevante y porque conocerlo puede aportar claves de interés que lo exceden. Precisamente por cómo valoramos a Ferri, nuestra protagonista, en su importancia y realce, es que decidimos hacer un *zoom* sobre ella para que nos permita complejizar la historia económica, social y urbana del Alto Valle. Tomar el microscopio, en este caso, nos da la oportunidad de agregar un ladrillo más

en la pared del conocimiento sobre un territorio de chacras, peras y gringos y gringas curtidos y curtidas al sol.

Los saberes macro y micro no solo no se anulan, sino que se potencian. La microhistoria no es armar un relato local con sabor a detalle y aroma a naftalina que mira de lejos la historia nacional o incluso global. La microhistoria es una manera de saber más sobre el mundo, en todas sus escalas. En *El Queso y los Gusanos* -acaso el libro más famoso de quienes adscriben a dicha práctica- se estudia la vida de Menocchio, un molinero italiano del siglo XVI, pero era para obtener una imagen profunda de la atmósfera cultural de una época en transición como era el que le tocó vivir a aquel. Esta lectura concentrada de la realidad la advertimos también en Giovanni Levi, otro de los referentes de esta forma de hacer historia. En su inoxidable *La herencia*

inmaterial, el historiador italiano emplea la lupa para reconstruir el tejido social y las estrategias familiares en un pequeño poblado rural que, por mucho tiempo, había sido imaginado como homogéneo e inmutable. Sus conclusiones, aunque aterrizaron en una parroquia del siglo XVII, podrían ser aplicadas a escenarios campesinos en los que las relaciones “cara a cara” eran mucho más relevantes que los mecanismos impersonales de mercado. Personas, de a pie, para conocer el cosmos.

No tenemos dudas que la apuesta microhistórica puede rendir frutos en la franja más septentrional de la Patagonia. Estamos seguros que Ferri es una mirilla válida desde donde observar las modulaciones locales de procesos de vasto alcance espacial, desde el reforzamiento del modelo agroexportador de comienzos del siglo XX hasta la valorización inmobiliaria de la actualidad. Sin embargo, esa lógica descendente -de arriba a abajo, si se quiere- convive con una mucho más potente: las preguntas que nos hicimos para aproximarnos a Ferri pueden generalizarse y permitir la producción de conocimiento en otras latitudes. Si tuviéramos que aislar el interrogante que sirvió de punto de partida para esta experiencia investigativa,



éste sin duda sería: ¿de qué manera una estación de tren nominada en honor a un criminólogo italiano se convierte en una comunidad local, en un territorio reconocible en términos sociales e identitarios?

La forma en que intentamos dar respuesta a estas preguntas supuso un desafío metodológico de auténtica envergadura. Después de todo, este proyecto no nació de una agenda académica, de nuestros intereses como investigadores/as, sino a partir de una demanda realizada por la biblioteca popular “Presbítero Raúl Entraigas”, una institución de la sociedad civil que buscaba recuperar la historia barrial. Y lo que inició como una búsqueda de saberes expertos -que el sentido común suele asociar a la universidad- se volvió una dinámica participativa que tomó la forma de dos mapeos colectivos. Por un lado, instalamos un “puesto de mapeo” en ocasión del día del estudiante, de las bibliotecarias/os y de las bibliotecas populares: colocamos un mapa de considerable tamaño en la pared de la biblioteca y dejamos algunos sobres con íconos y marcadores a disposición de niñas/os, padres y madres y el personal de la institución organizadora para que pudieran reflexionar sobre la actualidad de la localidad. Por el otro, un par de meses después,

llevamos a cabo un “mapeo temporal” con adultos/as mayores que fueron convocados especialmente en esa oportunidad. Gracias al uso de una línea de tiempo en la que ubicamos hechos significativos que habíamos relevado en la documentación disponible y a la creación de pictogramas con colores distintivos, pudimos internarnos en el pasado de Ferri.

La combinación de ambos dispositivos permitió recuperar la textura del territorio, esos pliegues que no aparecen en los discursos oficiales, en la prensa local e inclusive en la escritura académica. Una imagen satelital hizo las veces de un lienzo sobre el que se trazó una narración colectiva que se alejó de los límites jurisdiccionales y permitió reponer fronteras simbólicas que relatos romantizados tendían a desdibujar. Pero no solo eso, por medio de esta investigación horizontal y colaborativa repusimos la dimensión temporal en toda su expresión, elaborando junto a los/as vecinos/as una periodización “desde abajo” o, al menos, construida a partir del diálogo. A medida que las figuras autoadhesivas fueron ubicadas en el mapa base los recuerdos afloraron y con esas memorias a flor de piel pudimos reconstruir las actividades económicas que dieron vida a la localidad en el siglo, la oferta de

servicios de Ferri, sus espacios de sociabilidad y, sobre todo, los conflictos que atravesaron a una comunidad que, por muchos años, fue leída a través del cristal de la armonía.

Lo que tienen en sus manos es el resultado de esta primera ecología de saberes. No es un texto definitivo sino una obra en construcción y, como tal, debemos agradecer a quienes nos ayudaron a hilvanar este esbozo de narrativa colectiva. Ante todo, a las autoridades y al personal de la Biblioteca Popular “Presbítero Raúl Entraigas”. Nada de lo producido en



Puesto de mapeo (Fuente: Colección #YoMapeoFerri)

el marco del proyecto de extensión “Muros que hablan” hubiera sido posible sin el interés y el acompañamiento de Sylvia Osorio, Silvia Dussi, Blanca Romero y Teresita Quintana. Su compromiso con la comunidad de Ferri, su humor a prueba de balas y su capacidad de dar respuesta a nuestros -a veces, complicados- pedidos fueron la base donde se sostuvo la narrativa polifónica que presentamos condensada en este libro.

En el mismo sentido, no podemos dejar de agradecer a la Facultad de Economía y Administración de la Universidad Nacional del Comahue, la casa que nos



Mapeo temporal. (Fuente: Colección #YoMapeoFerri)

acoge a diario en nuestras labores profesionales, que no dudó en apoyar esta iniciativa. Tanto Mariela Martínez como Patricia Morales, decana y vicedecana respectivamente, dieron el soporte material para que pudiéramos desarrollar los mapeos que dieron origen al presente material y así escapar de las restricciones de un presupuesto que no solo se había licuado por efecto de la inflación, sino que resultaba insuficiente para llevar adelante un conjunto de actividades que no estaban previstas en el plan de trabajo original. También debemos reconocer a Graciela Landriscini quien, pese a su agenda cargada de compromisos

como diputada nacional, nos acompañó en la actividad de cierre del proyecto de extensión y no dudó en aceptar la propuesta de escribir el postfacio de esta(s) microhistoria(s) en Ferri.

Una línea de gratitud también merece el Instituto Patagónico en Estudios en Humanidades y Ciencias Sociales, una unidad ejecutora que depende de manera simultánea a la Universidad Nacional del Comahue y al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. No solo nos brindó asistencia técnica en materia cartográfica, en la persona de la Lic. Eliana Zalazar, sino que fue fundamental en la difusión de cada una de las dinámicas participativas que nos permitieron reponer en toda su complejidad la historia de Ferri. De la misma manera, cabe un agradecimiento a la Universidad Nacional de Río Negro, especialmente a su sede altovalletana. Su presencia, asegurada por el Prof. Fernando Casullo y la Arq. María Mercedes Martínez, nos permitió dar decididos pasos en la interdisciplina, al tiempo de aprovechar el potencial que alberga la cooperación interinstitucional a la hora de atender las demandas locales. Este lote de agradecimientos no estaría completo sin una mención a Luciana Orlandi, una talentosa diseñadora

visual que creó las hermosas piezas gráficas que le dieron identidad a #YoMapeoFerri y #FerriCuenta, dos *hashtags* que dieron visibilidad a las distintas acciones que el equipo de extensionistas llevó a cabo en el territorio.

Pero este recuento de agradecimientos sería absolutamente injusto en caso de no mencionar a los/as verdaderos/as protagonistas del proyecto: los vecinos y vecinas de Ferri. Quienes residen en ese barrio con tan peculiar identidad, pero también a todas aquellas personas que fueron parte de su historia y que en la actualidad residen fuera de sus límites. Sus voces, sus recuerdos, sus fotos y sus anécdotas fueron el combustible que echó a rodar esta experiencia

extensionista, pero -sobre todo- fueron claves para que volviéramos a apasionarnos por la investigación. Nos ayudaron a dar un paso adelante con respecto a saberes que se autovalidan y que llenan informes que nadie lee. Nos mostraron el camino hacia unas ciencias sociales que no produzcan conocimientos sobre los actores sociales, sino con (y para) ellos. Vaya entonces nuestra eterna gratitud a: Mirta Barría, Claudia Bascur, Yolanda, Estela, Hilda y Tony Pistagnesi, Maria Ines Tur, Jose Tur, Liliana Garrido, Chindo Acevedo, Florentina Rebolledo, Armando Ibañez y Amelia Sosa, Osvaldo Montoya, Margarita De Paoli, Leonel, Leona, Uma, Felix, Gonzalo, Thiago, Priscila, Lisandro, Milagros, Jimena, Sylvia, Juana, Mili, Abigail, Martina, Luisana, Silvia, Maiten, Luz, Aixa, Cristian y Malena.

1.



Mientras los ecos de la -mal llamada- Conquista del Desierto todavía resonaban, el Estado argentino incorporaba, no sin resistencias, millones de hectáreas que fueron distribuidas entre un puñado de propietarios. El siguiente paso luego de aquel avance trepidante era fácil de imaginar en el marco de un agro que crecía a pasos agigantados: el territorio expoliado a los pueblos originarios debía ser puesto en producción. Dicho objetivo ya se vislumbraba en el título del libro de Estanislao Zeballos que hizo las veces de ilustrada gacetilla de la expansión y que se llamó nada más y nada menos que “La Conquista de 15000 leguas”.

El norte de la Patagonia sería un engranaje central de aquella maquinaria puesta en marcha por la “Generación del Ochenta”. El valle superior del río Negro tenía aptitudes para desarrollar la agricultura, a los contemporáneos no les cabían dudas de ello. El clima, aunque hostil, no era un desafío insalvable, y tal vez el único obstáculo entonces era la falta de comunicación

con la Capital Federal. La necesidad de solucionar dicha problemática se vio agravada por la hipótesis de un conflicto bélico con Chile a fines del siglo XIX que apuró la construcción de un tendido férreo que llegara al pie de los Andes. De esta forma en 1901, cuando la nueva centuria aún estaba en pañales, el bramido de las locomotoras ya pudo escucharse en la Estación Limay, donde luego se fundaría la ciudad de Cipolletti. La búsqueda de un transporte eficiente que acelerara el proceso productivo daba un paso gigantesco.

Echado a andar el proceso aparecieron dos nuevas dificultades que debían sortearse para lograr la inserción plena de aquella comarca en un mercado que comenzaba a tener un alcance nacional: domar la furia de los ríos patagónicos y proveer de riego a las futuras explotaciones. La forma de resolver ambos entuertos fue erigir un dique que abrazara el río Neuquén y llevara agua a ciento treinta kilómetros de distancia. El presupuesto para materializar semejante proyecto pudo

costearse con títulos de deuda pública, mecanismo que la *Belle Epoque* había perfeccionado luego de décadas de maduración. Los capitales excedentes de los países centrales fluyeron hacia escenarios que prometían ganancias extraordinarias y el Alto Valle fue uno de ellos. El patrón oro hizo el resto: la convertibilidad aseguraba la llegada de fondos frescos, pero también su fuga al exterior en forma de intereses constantes y sonantes. Este circuito sería trastocado con la Gran Guerra de 1914, un evento traumático que inició un periodo de turbulencia en la economía internacional y que hizo añicos esa estabilidad tan propia de finales del siglo XIX.

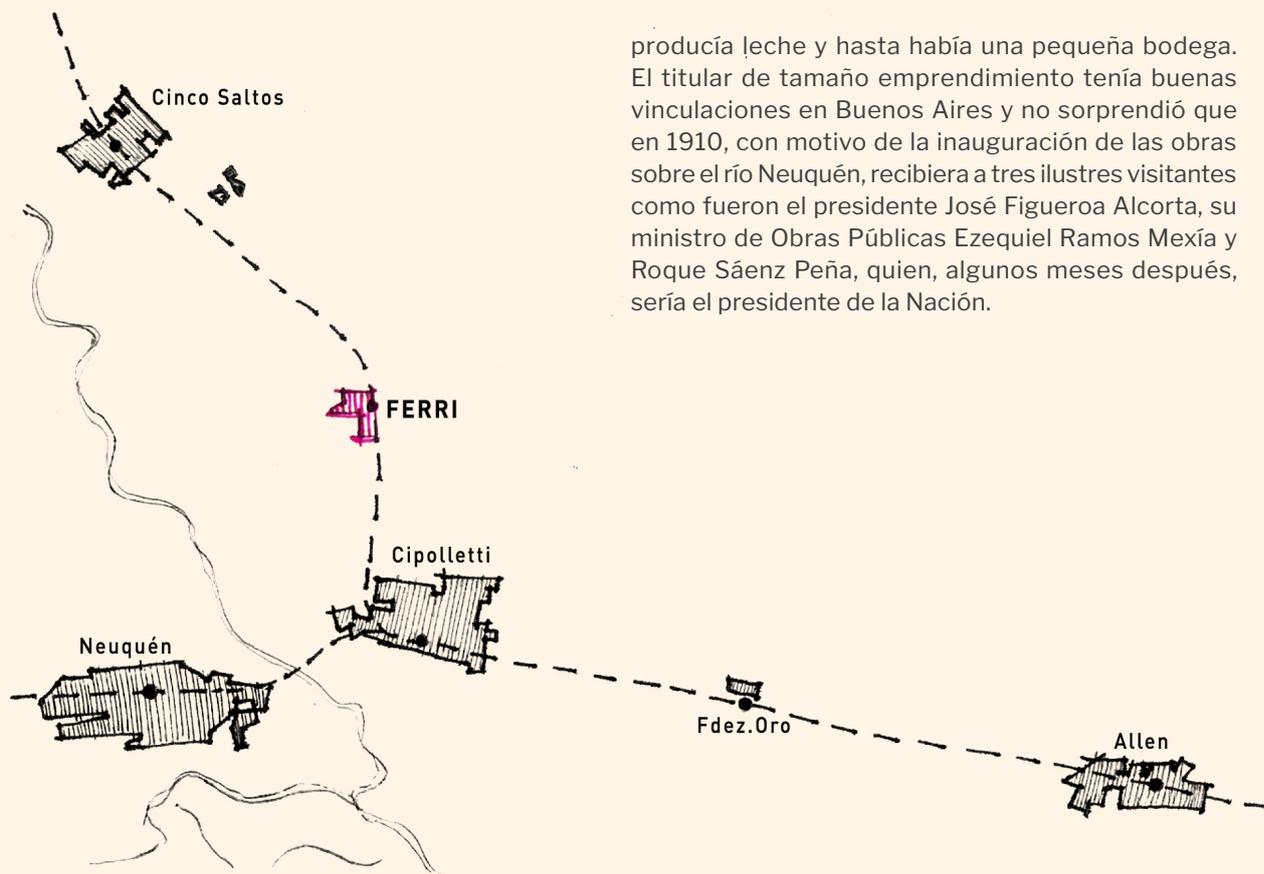
Sin embargo, la marca de ese crecimiento apalancado ya estaba puesta en la franja más austral de la Patagonia. Antes de que el vendaval por la Gran Guerra diera comienzo, el Ministerio de Obras Públicas de la Nación ya había puesto manos a la obra para avanzar con el riego en la zona. Se expropiaron veintisiete mil hectáreas y se encargó la construcción del dique a la todopoderosa Ferrocarriles del Sud, una empresa con sede en Londres que administraba la línea que unía la Capital Federal con los territorios nacionales de Río Negro y Neuquén. La logística de una empresa tan ambiciosa no fue sencilla. Entre 1909 y 1917 los obreros se contaron por

cientos, algunos eran argentinos y chilenos, aunque la mayoría provenía del viejo continente. Las labores diarias requerían herramientas y materiales que debían ser acarreados hasta un campamento localizado a treinta kilómetros de la estación más cercana, un verdadero problema. Este nudo fue desatado con un ramal que vinculó Cipolletti y Barda del Medio y que, a su vez, habilitó nuevas perspectivas para el lugar: la compañía británica imaginó al costado de las nuevas vías un sistema de explotaciones cuya producción sería comercializada en la pujante plaza porteña.

2.



En este punto la historia de lo que luego sería el dique Ballester se cruza con la de nuestro barrio a partir de un singular personaje: Luis J. Casterás, uno de los propietarios que se había acomodado luego de la ocupación militar de la Patagonia. Era dueño en el Alto Valle de un establecimiento de cierto porte llamado *La Alianza*. En las más de mil hectáreas a su cargo se criaba ganado bovino, se generaban pasturas, se



producía leche y hasta había una pequeña bodega. El titular de tamaño emprendimiento tenía buenas vinculaciones en Buenos Aires y no sorprendió que en 1910, con motivo de la inauguración de las obras sobre el río Neuquén, recibiera a tres ilustres visitantes como fueron el presidente José Figueroa Alcorta, su ministro de Obras Públicas Ezequiel Ramos Mexía y Roque Sáenz Peña, quien, algunos meses después, sería el presidente de la Nación.



¿QUIEN ERA FERRI?

Enrico Ferri fue un criminólogo italiano nacido en 1856 que completó sus estudios en Francia y fue considerado de los más relevantes de la escuela positivista. Comenzó sus estudios en Francia y se doctoró en Turín, donde estudió con Cesare Lombroso, el otro gran referente del campo en ese entonces y con quien fundó la Nueva Escuela de Criminología italiana. Tuvo un amplio recorrido en la vida intelectual de su tiempo, militó en el movimiento socialista italiano, lo que le acarreó múltiples pujas en su vida académica. En 1908 Ferri visitó a la Argentina, donde brindó muchas conferencias y se vinculó con sectores de la intelectualidad local, volviéndose muy notoria su figura en los círculos de discusión de entonces.

El encuentro con tan relevantes autoridades y el seguro *lobby* que allí se ejerció dieron sus frutos y un año después, en marzo de 1911, se inauguró una estación en tierras de *La Alianza*. Dicha terminal de tren sería la primera parada en el camino a Barda del Medio, “El Campamento”, como se denominó en la época a la punta de rieles del ramal. La nueva estación se dispuso en el kilómetro 1195 y el nombre con que se la designó se debió nuevamente a las gestiones de Casterás: se denominó Ferri en homenaje a Enrico, abogado italiano y uno de los padres de la criminología moderna y, sobre todo, buen amigo de aquel*.

3.



La Alianza fue una de las protagonistas del ciclo de la alfalfa en tierras norpatagónicas. La empresa, gracias al ferrocarril, había logrado abastecer de forrajes a explotaciones ganaderas localizadas a cientos de kilómetros del Alto Valle del río Negro, por lo que sus ganancias no dependían del riego que iba a suministrar la faraónica obra llevada adelante por la



La Alianza en el ciclo de la Alfalfa (Fuente: colección Osvaldo Preiss)

empresa ferroviaria británica. De hecho, la canalización y su explícita apuesta por la producción de frutas para mercados extrarregionales podía poner en aprietos al establecimiento, por lo menos en su versión original. Las grandes superficies comenzaban a estar atravesadas por hilos de agua y el pago de este fundamental servicio representaba una erogación que impactó de lleno en la ecuación económica de *La Alianza*.

Fue con el retroceso de las ganancias, producto de aquel desacompañamiento entre las distintas actividades productivas, que Canterás decidió que había llegado el final de su presencia en la región. El fundador de Ferri puso entonces en venta su propiedad, no sin antes embolsar en la despedida la enorme rentabilidad que surgía de la diferencia entre el precio de compra y venta del inmueble. Dichas plusvalías no eran anormales en la Argentina del Novecientos, por el contrario, Canterás formó parte de esa clase de empresarios que privilegiaron la diversificación productiva y cierta preferencia por la liquidez, ¿para qué complicarse con inversiones a largo plazo? Lo cierto es que, pasados unos intensos años desde los inicios de nuestra historia, se abrían paso nuevas aventuras y nuevos protagonistas*.



LA ALIANZA A COMIENZOS DEL SIGLO XX

La Estancia La Alianza, propiedad de Luis J. Casterás, fue una de las fincas más destacadas de la colonia Lucinda, de acuerdo a su extensión y antigüedad en la zona. Se la considera la madre de la ex estación Ferri, cuyo nombre está referido a Enrico Ferri, criminólogo italiano nacido en 1856 y amigo del Sr. Casterás, quien tenía buenas relaciones sociales con directivos de la inglesa Ferro Carril Sud.

En sus más de mil hectáreas, se podían encontrar ganado bovino, frutales, vid, tambo y una pequeña bodega. Podemos imaginarnos una visita a La Alianza, siguiendo la descripción realizada por el periodista y escritor Molins en su libro de 1919: “Desde la entrada a la finca se aprecia la nota cultural del conjunto anticipada en el

arte de los jardines, ordenados con discreta elegancia. Una rotonda de tamariscos, estilizados según motivo versallés, inicia el casco central de la residencia, distribuyéndose luego el jardín en floridos parterres y graciosos senderos. Atendiendo a las condiciones de la temperatura -se agrega- se ha derrochado el cultivo de árboles de sombra, prodigándole las acacias, de grata frescura. De entrada, nos llaman la atención sus magníficos ejemplares de forma esferoidal, producto de una sistemada hibridación de robinias. La casa familiar es modesta pero graciosa, blanca, guarnecida de espaleros en donde se afianzan atrevidos escaramujos”.

La Alianza fue visitada en marzo de 1910 por el entonces presidente José

Figuroa Alcorta, el ministro de Obras Públicas Ezequiel Ramos Mexía, y el que sería el próximo presidente, Roque Sáenz Peña, con motivo de la inauguración de los trabajos del dique Ingeniero Ballester. Para la construcción del dique, la empresa Ferrocarril del Sud tendió una línea férrea entre las estaciones Limay (hoy Cipolletti) y “El Campamento” (hoy Barda del Medio), que fue inaugurada en junio de 1910. En tierras de La Alianza se construyó la estación en el kilómetro 1195 (respecto de la Estación de Constitución de Buenos Aires), que fue liberada al servicio público en marzo de 1911 y denominada Ferri, por pedido de Casterás.

Fuente: Perez Morando, H. (2011).

4.



Corrían los años treinta, a poco más de dos décadas de fundada la estación Ferri, y eran tiempos de golpes militares y del retorno de gobiernos conservadores. Canterás ya había emprendido su retirada y en reemplazo se dio la llegada a la región de Antonio Lamolla, otro personaje que formaba parte de la elite porteña, pero que contaba con vinculaciones mucho más estrechas con la todopoderosa empresa ferroviaria. El nuevo propietario de *La Alianza* sabía que iba a tener que imprimir un giro drástico a ese establecimiento cuyo desarrollo había dado vida a este remoto paraje localizado en la franja más septentrional de la Patagonia.

Los tiempos de las grandes explotaciones forrajeras habían llegado a su fin. Las condiciones estaban dadas para que al costado de los canales surgieran minifundios que con el tiempo tendrían un nombre bastante más familiar: las chacras. Muchos de quienes se habían empleado en la estancia original y

que residían en sus dominios podrían a partir de ese momento convertirse en pequeños propietarios, tal como había imaginado el capital británico. Lamolla se quedaría con una significativa porción de *La Alianza*, pero su principal interés residía en desmembrar esa amplia franja de tierra que había sido repartida *a posteriori* de la ocupación militar de la Patagonia. Las transformaciones aparejadas con el cambio de propiedad del establecimiento y la visión de los recién llegados, desplegarían un nuevo entramado social y productivo en la zona y actuaría como quiebre tanto en las prácticas macro como en la vida cotidiana de los de a pie.

Pero no solo se trató de una transformación en el perfil productivo. Fue mucho más que ello. Con Ferri sucedió lo que en casi todos los pueblos de la región (a excepción de Contralmirante Guerrico, en las inmediaciones de General Roca): los propietarios de las tierras donde se instalaban las estaciones cedieron parte de sus dominios y aquellas donaciones fueron el bastidor sobre el que se dibujaron las tramas urbanas de las localidades del Alto Valle. Por supuesto que no fue altruista la decisión. Si las cosas iban de acuerdo a lo planificado, la tracción del tren generaría la llegada

de nuevos pobladores. De esta forma, los solares podrían valorizarse y los beneficios obtenidos a partir de la producción primaria podrían complementarse con una importante renta inmobiliaria.

Para llevar adelante esta iniciativa Lamolla contó con un socio de lujo: Florentino Soules, un porteño que se había titulado en Agronomía y que, no conforme con ello, obtuvo una licencia como martillero y corredor público. Con esas credenciales, un bien muypreciado en una sociedad en plena formación, llegó a Cipolletti en 1925 e inició un negocio que, hasta el día de hoy, sobrevive. En aquellos tiempos, la inmobiliaria ofrecía los solares de Ferri en cómodas cuotas cuya garantía era la palabra empeñada y cuyo registro solo constaba en libretas no muy distintas a las que los almaceneros llevaban los fiados. Junto al loteo en las cercanías de la estación de Ferri, la naciente inmobiliaria tuvo la relevante función de subdividir las cuantiosas propiedades del General Fernández Oro y convertir sus dominios en una multitud de pequeñas chacras, pero también en algunos de los barrios más tradicionales de Cipolletti. Entre ellos, y sin ánimos de ser exhaustivos, pueden mencionarse el Manzanar, Parque 12 de Septiembre, San Sebastián, Darrieuz y



Inmobiliaria Soules en la década 1930. (Fuente: colección Osvaldo Preiss).

San Lorenzo, los dos últimos con la última fracción que retenía Helena Gonzalez Larrosa, nieta de uno de los artífices de la ocupación militar de la Patagonia.

Claro que para que esta sociedad entre Lamolla y Soules funcionase, la naciente localidad debía ampliar su área de influencia, dirección en la que no pudo

avanzar Ferri. Solo de esa manera podría aumentar su población y concentrar distintas funciones urbanas, desde comercios hasta pequeños establecimientos industriales que en otras localidades del alto valle comenzaban a multiplicarse. Sin embargo, nada de ello sucedió. Su cercanía con Cipolletti y Cinco Saltos, desde temprano centros de servicios de cierta importancia, bloquearon su despegue. Por mucho tiempo, y más allá de los cinco servicios semanales, la nueva estación no logró más que un tráfico modesto y sólo sirvió como salida para los productos de las chacras vecinas, muy poco para una candidata a brillar en el mapa con luz propia.

5.



Las ocho manzanas originales, lo que comúnmente se denomina “Ferri Viejo”, fueron resultado de una estrategia de diversificación empresarial con notas especulativas que no fue del todo exitosa. En el trapezio que se estiraba siguiendo las vías del tren se asentó una población que por varias décadas tuvo un

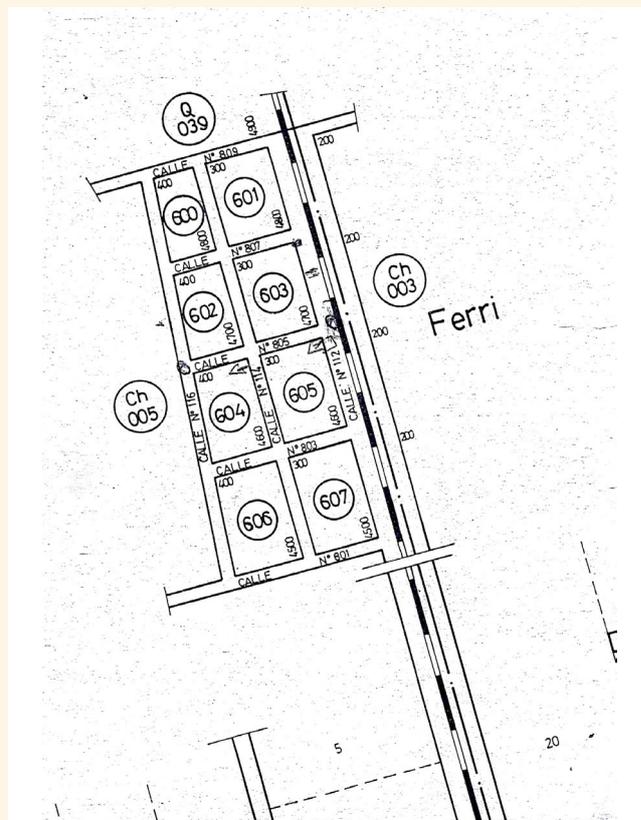
crecimiento apenas positivo y orilló los dos centenares de habitantes. Sus consumos eran abastecidos por una limitada oferta de establecimientos que incluía, entre otros rubros, un almacén de ramos generales (Tur Riera y compañía), una carnicería (de Juan Yensen), una herrería (de Antonio Campeche), un surtidor de combustible (de Augusto Menguelli) y cuatro hornos ladrilleros. El Estado Nacional no se había asentado del todo y las prestaciones que ofrecía no eran especialmente amplias: su presencia se reducía a una escuela primaria fundada en 1931, un destacamento de policía y una estafeta que terminaría siendo una de las singularidades del poblado.

La pobre dotación de servicios del incipiente núcleo urbano contrastaba con el dinamismo y complejidad de *La Alianza*, que con la nueva gestión de Lamolla había virado su mirada hacia la fruticultura, un sector que no paraba de crecer y ya marcaba con su liderazgo el devenir de Ferri y de la vida de la mayoría de los habitantes. Así, las cabezas de ganado fueron reemplazadas por peras y manzanas que comenzaban a aparecer en la zona. La empresa no solo se dedicó a producirlas, sino que también las clasificaba y empacaba en un proceso de integración vertical



Juan Yensen: Carnicero de Ferri (Fuente: colección Eduardo Yensen)

virtuoso. Para ello empleaba a sesenta trabajadores permanentes, número que se incrementaba mucho en los picos estacionales con la llegada de trabajadores temporales. En tales momentos de la temporada, el ritmo de producción era frenético: a falta de un reloj, un trozo de riel era golpeado por el capataz para dar inicio a la jornada laboral.



Ferri mediados del siglo XX (Fuente: colección Biblioteca Entraigas)

Con todo, este nuevo paisaje de la primigenia estación de tren y las casas que la rodeaban se moverían cada vez más al *tempo* que dictaba aquella gran unidad productiva reconvertida. Una especie de chacra-pueblo que, por supuesto, no estaría exenta de transformaciones y adecuaciones a un mercado que, conforme pasaban los años, se mostraba tan activo como volátil.

6.



El vínculo entre Ferri y *La Alianza* adquirió en esta nueva etapa, signada por la producción de fruta, un carácter orgánico y sistemático. La empresa ocupó así el lugar de cabeza de la chacra-pueblo, de cerebro ordenador, y asumió un control muy patente del territorio y de las personas que lo habitaban. Bajo su atenta mirada se encastraron entonces las esferas de la producción y la reproducción de acuerdo a las necesidades empresariales y lo que éstas indicaban respecto de la vida de los trabajadores.

La fórmula que permitía su funcionamiento podría

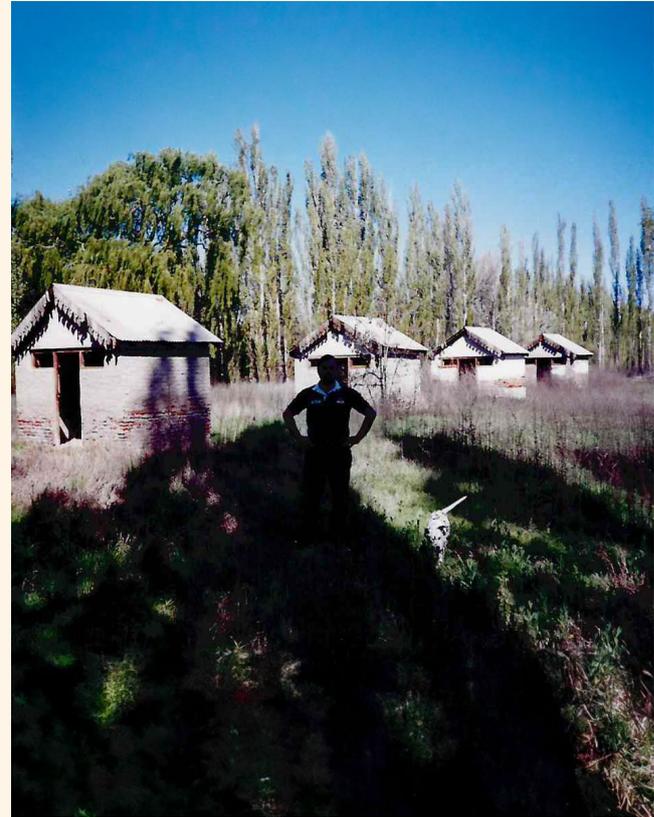
resumirse en un intercambio: la firma se hacía de un recurso escaso, la mano de obra, y los trabajadores aseguraban a sus familias bienestar y estabilidad que no estaba al alcance de todos en el Alto Valle. Sin embargo, este acuerdo era todo menos horizontal: la disposición de las edificaciones en el predio no deja dudas al respecto. En la chacra existía una cuidadosa división social del espacio, el sector destinado a



Labores de empaque en la Alianza durante la década de 1960 (Fuente: colección Karina Ruiz).

los trabajadores estaba separado de la residencia principal. Por un lado, las viviendas apiñadas y por el otro un chalet con sótano, que estaba rodeado de un jardín con plantas exóticas, un fortín y hasta una laguna artificial. Asimismo, la circulación al interior de *La Alianza* no era irrestricta y existían sectores que eran de uso exclusivo para los integrantes de la familia Lamolla y cuyo acceso estaba vedado para el resto de los residentes de la chacra-pueblo, salvo el caso de quienes se encargaban de la limpieza y el mantenimiento de instalaciones que no tenían nada que envidiar a los cascos de las estancias pampeanas.

La empresa no solo atendía cada detalle de la producción, sino que también se ocupaba de asegurar las condiciones que precisaban sus residentes para reponerse como fuerza de trabajo. Proveía viviendas para las familias de los trabajadores, independientemente de su calificación, estabilidad y del número de hijos que tuvieran. Otro tanto sucedía con la provisión de agua potable. En el predio, muy cerca del galpón de empaque, existía una canilla que surtía del vital recurso a los residentes. No menos significativo era el hecho que la primera escuela del pueblo funcionara al interior de la chacra, en un espacio



La Alianza: viviendas de trabajadores (Fuente: colección Biblioteca Raul Entraigas)

especialmente acondicionado por los dueños, donde se podían cursar los primeros tres años de la educación primaria. Una vez concluida la alfabetización básica, los niños y niñas debían proseguir sus estudios en un establecimiento localizado en Cuatro Esquinas, paraje distante a unos kilómetros de Ferri. Mientras eso no ocurriera, una porción de los requerimientos calóricos de los infantes eran cubiertos mediante la distribución de leche calentada a fuego en el patio de la escuela. Trabajo, techo, educación y comida resultaban una combinación muy tentadora a mediados del siglo XX, y era a su vez la fórmula con que *La Alianza* pudo dirigir la economía moral de gran parte de los habitantes del poblado*.



Escuela n°36 en la década de 1930. (Fuente: colección OSvaldo Preiss)



LOS ORÍGENES DE LA ESCUELA N°36

“Nuestro Establecimiento Educativo, se inauguró el día 22 de octubre de 1931 (...) En ese entonces la Escuela contaba con una inscripción de 40 alumnos, aunque la asistencia media real del primer mes de funcionamiento fue de 28 niños.

La Escuela comenzó a funcionar en un local ubicado en la chacra La Alianza, cedido gratuitamente por el entonces dueño de ese establecimiento, Don Luis Casterás. En el año 1935 se convierte en propietario el Señor Antonio Lamolla, quien continúa cediendo gratuitamente el local según convenio firmado con el Consejo por el término de 10 años a contar desde enero de 1936, plazo que luego sería prolongado” (Alcaman, E., Braicovich, C, y C. Casciani., 2006: 24-25).



LA VENTA DE VERDURAS EN EL FERRI DE LA DÉCADA DE 1960. TESTIMONIO DE ARMANDO IBAÑEZ.

“En la década del 60 empecé trabajando de madrugero, venía de Cipolletti a esta zona en un carrito tipo Sulqui, venía a vender verdura, había poca gente en esa época”

“Pero se me ocurrió pasar por las chacras a repartir cosas que el chacarero no tenía y a los peones, en un cajoncito tipo cosechero, les llevaba azúcar, yerba, fideos y alguna otra mercadería”.

“Trabajé muy bien porque estaba la fábrica después y había casi 60 obreros, la mayoría era de las chacras de acá y de Ferri”.



7.



Sin embargo, Ferri era mucho más que lo que dictaban los férreos límites del emprendimiento de Lamolla. Por los bordes de esa estructura tan rígida avanzaba un asentamiento que, a partir de su lejanía con las ciudades más próximas y la escasa presencia oficial, iba fortaleciendo un tejido social que resolvía cada una de las problemáticas que debían enfrentar los vecinos en su vida diaria. La creatividad colectiva puesta al servicio del ideal de una cotidianeidad más apacible marcaba el pulso de lo que, en ese entonces, era una tierra de pioneros y pioneras*.

Por ejemplo, la recolección de basura era garantizada mediante una chata tirada por un caballo. En el precario vehículo, un par de chapas dispuestas en los costados, impedían que los residuos terminaran en el piso. A su vez, el efecto de los vientos sureños y el polvo incontrolable que levantaban era combatido con un carro de similares características que poseía tanques dispuestos en su parte superior desde los que se regaban las calles a baldazos. Todo muy traccionado

a sangre y voluntad, elementos lo que no faltaba en esos lares.

El agua fue quizás el hueso más duro de roer. El recurso, extraído de las acequias, era utilizado de muchas maneras, desde el lavado de ropa hasta la higiene personal, pero no era apto para el consumo humano. A diferencia de *La Alianza*, que contaba con una canilla comunitaria, los vecinos de Ferri Viejo se abastecían de agua potable por medio de un tanque térmico que llegaba a la estación. Desde allí el preciado elemento se trasladaba a los domicilios de las familias usando latas de aceite, damajuanas o cualquier recipiente que sirviera para su transporte. Así dispuesta, la operación era compleja y fatigosa, y la necesidad de simplificar llevó a los vecinos a dar un primer paso hacia la concreción de un sistema de provisión de agua más sofisticado: una perforación, desarrollada en los tempranos sesentas, permitió acortar los viajes y ganar en regularidad.

Aquellas redes, alimentadas por la solidaridad, el aislamiento y las necesidades compartidas fueron el combustible que dio impulso a las primeras asociaciones de la comunidad. La informalidad de

los vínculos dio paso a organizaciones que podían canalizar muchas de las demandas de la población. El punto de llegada de este proceso fue la conformación de la primera comisión vecinal en 1964. En los nombres que dieron vida a su comisión directiva vemos cómo el pueblo-chacra y el resto de Ferri no eran dos mundos aislados, sino que tenían múltiples vasos comunicantes. La presidencia recayó en la figura del Dr. Francisco Lamolla, administrador de *La Alianza*, la vicepresidencia en Mario Perticarini y la tesorería en Juan Tur Riera, ambos responsables de emprendimientos que funcionaban en las ocho manzanas fundacionales, (completaba el cuadro de honor Antonio Lamolla, padre de Francisco, quien fue honrado con el cargo de presidente honorario). También en los años sesenta se constituyeron cooperadoras que brindaron soporte al dispensario y al destacamento policial. Ambas fueron impulsadas por un elenco de pioneros cuyos integrantes comenzaban a repetirse: Pistagnesi, Yensen, Elliker y Testaseca *.

Sin embargo, no todas las organizaciones de la sociedad civil surgidas al calor de aquella pujanza superaron la prueba del tiempo. Es el caso de un club de fútbol fundado a mediados del siglo XX bajo el imperativo de



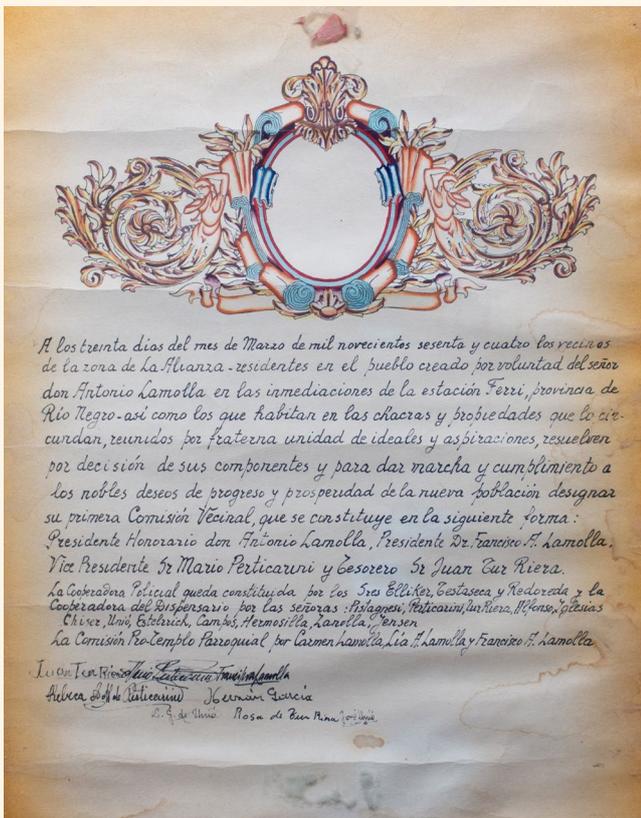
SER MUJER EN EL PUEBLO - CHACRA. TESTIMONIO DE ESTELA PISTAGNESI.

“(…) ¿Qué es lo que hacía una chica, un adolescente, una joven en aquellos tiempos en Ferri?. Porque ellos empezaban a trabajar, entraban a la fábrica (…). ¿Qué hacían las chicas en Ferri? trabajaban ¿En qué trabajaban? En la chacra. Ayudando a los papás en la chacra, a juntar manzana, los podos. Él iba con mi papá a podar los frutales. En el verano él manejaba el tractor con una chatita atrás (…) nos juntábamos los cajones, nos poníamos arriba de la chata, lo acomodaba y él después nos llevaba al galpón de la Alianza, cuando el galpón trabajaba. Yo con 10 años lo tuve que criar a él. (…)”

“(…) Vivíamos ahí, en la chacra no había nada. La Alianza no tenía nada. Mi papá plantó todas las plantas. Mi mamá y mi papá plantaron todas las plantas, como

eran chiquitas. Ponían cebolla y tomate para poder vivir. Claro, mientras tanto. Así que yo cuidaba de él. ¿Vos te acordás que era hasta lo que producían? Garbanzos ¿Qué más? Maní ¿Maní? Maní ¿Eso se vendía? Maní. Se hacía trueque. Mi papá llevaba, cuando terminaba la cosecha, llevaba las bolsas la casa de Toschi que tenía un mercado. Entregábamos eso y ellos nos daban mercadería. Entonces ayudaron mucho en la chacra. Era lo que teníamos que hacer. E iban a la escuela aparte (…)”





Acta de constitución de la Comisión Vecinal de Ferri, 1964. (Fuente: colección Biblioteca Raul Entraigas)

ofrecer esparcimiento a los pobladores. Su nombre, de inspiración obvia, era “La Alianza”, y se ubicaba en el corazón de “Ferri Viejo”. A diferencia de su antecesor, el “Once Estrellas”, que tuvo una vida muy efímera, el inicio de “La Alianza” fue prometedor. Desde el vamos se iniciaron trámites para obtener la personería jurídica y hasta se conformó una comisión directiva, todos signos de una vitalidad a tener presente, pero la ausencia de una liga local hizo que muchos de los jugadores emigraran al club Cipolletti o que participaran de las competencias en Cuatro Esquinas.

Otras instituciones no perduraron porque fueron creadas para cumplir un objetivo específico y, cuando esa meta fue alcanzada, desaparecieron del firmamento. Desde ya que esos casos más fugaces dejaron también su huella en la memoria de vecinos y vecinas. Buen ejemplo de ello fue la comisión que -bajo el impulso de Carmen, Lía y Francisco Lamolla- se abocó a la construcción de un templo donde funcionaría la parroquia del pueblo. Estas gestiones finalizaron en 1973, cuando fue inaugurada una capilla que llevó el nombre de la patrona de la familia propietaria de La Alianza: Santa Rita.

Pueblo - Chacra (1911-1968)



Fuente: colección #YoMapeoFerri

8.



La historia de Ferri tuvo un punto de inflexión en 1969. Los parsimoniosos tiempos de una comarca dedicada a la fruticultura se vieron trastocados con la llegada de una fábrica y lo que ello implicó en la organización social. La sustitución de importaciones, ese programa genérico de industrialización que en la segunda mitad del siglo XX buscaba aislar a la Argentina de los vaivenes de la economía internacional, alcanzó al pueblo a finales de los sesenta con la instalación de una empresa volcada a la producción de premoldeados, un rubro que prometía una rápida expansión. La demanda del sector se había incrementado por un Estado que, sostenido en el ideal desarrollista, no dejaba de extender sus sueños de hormigón por las provincias del sur. Postes de alta tensión, vigas y viviendas eran algunos de los productos que ofrecía para un mercado cuyos límites coincidían con la Patagonia, ese nuevo “Dorado” que los gobiernos de turno pretendían conquistar a fuerza de obras públicas.



Planta de SCAC en Ferri. (Fuente: colección #FerriEnImágenes)



Planta de SCAC en Ferri. (Fuente: colección #FerriEnImágenes)

El nombre de la empresa recién llegada fue toda una declaración de principios: Sociedad de Cementos Armados Centrifugados. Los vecinos la identificarían con sus siglas, SCAC y así la llamarían de ahí en más. Era la séptima sede de una empresa cuyo crecimiento calzaba a la perfección con esa Argentina que volvía realidad sus sueños industriales. Sus orígenes no están del todo claros. Las memorias de los vecinos y vecinas se refieren a un propietario que formaba parte de la nobleza italiana e inclusive de una participación en el paquete accionario de Loma Negra, la compañía manejada por una de las fortunas más grandes del país, la de Amalia Lacroze de Fortabat. Con independencia de los debates en torno a su génesis, SCAC, en sus épocas de mayor esplendor, no tuvo dificultades para ganar licitaciones en Río Negro, Neuquén, Santa Cruz y hasta Tierra del Fuego. Un nuevo actor había llegado a jugar fuerte en el tablero de Ferri. Los pedidos se multiplicaron con rapidez y con ellos los requerimientos de mano de obra de otras partes del país*.

La punta de lanza fueron los trabajadores llegados de San Luis, con larga experiencia en la producción

de piezas de cemento y que habían acogido en sus tierras a esa empresa que multiplicaba sus plantas a lo largo y a lo ancho del país. Los cuyanos se desempeñaron como capataces de la fábrica y fueron los encargados de enseñar el oficio a los más de setenta empleados que dieron vida a SCAC. Los salarios de los arribados movieron la economía local y permitieron que la población diera un salto adelante. En 1970, cuando la nueva planta acababa de ser inaugurada, el pueblo albergaba doscientos setenta habitantes. Diez años después, al compás de la expansión de la producción del sector secundario, aquella cifra se había duplicado, superando el medio millar de residentes.

En pocos años, el tamaño de Ferri ya era comparable al de otros poblados del Alto Valle que hasta ese momento habían sido más importantes. Así, por efecto de la expansión de SCAC, bastó una década para que su población alcanzara a la de Contralmirante Cordero, en Río Negro o Vista Alegre Sur, en la vecina provincia de Neuquén. El pueblo crecía y cambiaba de perfil. La posta se había ido de las chacras a las máquinas, y comenzaba así el tiempo del pueblo-fábrica.



SCAC EN LA MIRADA DE SUS TRABAJADORES. TESTIMONIO DE TONY PISTAGNESI.

“El fuerte de SCAC eran los postes de alta tensión. Columnas de alta tensión del Chocón. Yo los veo por ahí en Cipolletti y todo dice SCAC. Ellos se instalan acá en 1969, 1970, empiezan a producir porque viene el Chocón. Entonces a la Patagonia hay que poblar de líneas de alta tensión, de casas, de puentes, todo lo que se hacía con cemento. Y ellos lo vieron. Entonces vinieron acá a instalarse. ¿A dónde se encontraron? Acá ¿Por qué en Ferri? Porque tenían el ferrocarril, tenían el agua, tenían el canal. Y la tierra (...) El cemento venía de Zapala en

vagones... el cemento cerca. Tenían todo, todo. Y una ruta grande a... ¿A cuánto? A 2000 metros. Y el ferrocarril (...)”

“(...) el producto que se generaba acá eran los postes de alta tensión. Era el fuerte. Era el fuerte, pero no era lo único. Sí, como producción secundaria tenían losetas para vereda, baldosas, bloques, viguetas, postes de alambrado, postes olímpicos, las tribunas que tiene la cancha de Cipolletti (...)”



9.



Los setenta fueron los años dorados del pueblo-fábrica. El dinamismo económico generado por su nuevo mapa productivo, sumado a la robustez de las instituciones comunitarias, permitieron a Ferri entrar en el radar de la Municipalidad de Cipolletti, jurisdicción de la que dependía en términos administrativos. De esta manera, algunas demandas que llevaban décadas madurando fueron finalmente atendidas. Entre ellas, la inauguración de un sistema que llevó agua a los domicilios del casco original.

En 1971 se concretó finalmente el tendido de cañerías y la habilitación de poco más de un centenar de conexiones de la nueva red. La obra fue parcialmente costeada con el aporte de los vecinos y cada familia debió contribuir con cien pesos ley 18.188. El remanente, unos dos mil pesos de la misma moneda, fue financiado por el Estado municipal. Apenas un año después, y con el apoyo de SCAC, se logró el resto de la obra con un tanque de cemento provisto por la empresa que estabilizaba la nueva red, por entonces bastante a merced de una

presión poco constante. La administración del nuevo servicio de distribución tomaría una forma autogestiva que es, aún hoy, motivo de orgullo de los habitantes y constituye uno de los pilares de la identidad ferriana.

Como vimos, con el avance de SCAC, el pueblo-chacra perdió ese peso que había tenido desde la propia fundación. Los aspectos productivos dibujaron una parábola ascendente, pero la atención de todo aquello ligado a la reproducción dejó de ser prioritario. El pueblo-fábrica comenzaba a ganar autonomía con respecto a *La Alianza* y la planta industrial, con sus enormes tinglados



Tanque de agua en la década de 1970 (Colección Ruperto Martín).



Tanque de agua en la actualidad (Fuente: Colección #FerriEnImágenes)

y amplias instalaciones, ya mostraba su marca profunda en el paisaje.

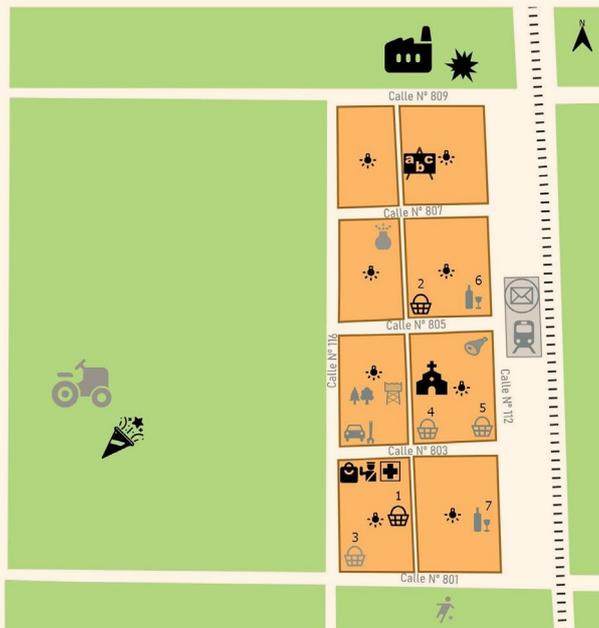
El establecimiento fabril constituyó un nuevo centro de gravedad que terminó atrayendo actividades a “Ferri Viejo”. El traslado de la escuela N° 36 al corazón del trazado original fue un paso fundamental en esa dirección. Aunque el nuevo edificio llevó el nombre del propietario del mayor establecimiento frutícola de la comarca, Antonio Lamolla, su localización mostró una comunidad que tomaba distancia de sus orígenes mayormente rurales. El futuro, así, parecía traer más asfalto que manzanas.



Construcción de la Escuela n°36 “Antonio Lamolla” en la década de 1970. (Fuente: colección Ruperto San Martín)

Pueblo - Fábrica (1969-1982)

-  Fábrica SCAC
-  Conflicto en Fábrica SCAC
-  **Almacén**
- 1 - San Sebastián
- 2 - San Sebastián 2
-  Club La Alianza
-  Escuela N° 36 Antonio Lamolla
-  Fiesta en Galpón de la Alianza
-  Nueva Comisaría
-  Iluminación manzanas fundacionales
-  Sala de primeros auxilios
-  Tienda "Gabi"
-  Iglesia
-  Manzanas fundacionales
-  Vías del Ferrocarril



-  Establecimiento La Alianza
-  Estación
-  Estafeta Postal
-  Policía
-  Plaza
-  Bomba de Agua
-  Carnicería de Yensen
-  Sodería
-  Taller
-  **Almacén**
- 3 - Bauch
- 4 - Velázquez
- 5 - Ramos grales. Turr Riera
-  **Bares**
- 6 - Bar de Picha
- 7 - Bar de Sánchez

Fuente: colección #YoMapeoFerri.

10.



La última dictadura militar dejó también su huella en la economía nacional. Revancha clasista de por medio, puso punto final al capítulo de la Argentina industrial, al menos en los términos en los que surgió y floreció la fábrica de premoldeados en Ferri. Fueron tiempos de “achicar el Estado para agrandar la nación”, como rezaba uno de los *slogans* defendidos por el Proceso de Reorganización Nacional. Avanzar en esa dirección obligó al gobierno nacional a auxiliarse con un arma muy poderosa y peligrosa a la vez, la “plata dulce”, un tipo de cambio atrasado que permitía acceder a productos importados a un precio ridículo. La forma de lograr dicho “rulo” financiero fue absorber capitales “golondrina” de un mundo con liquidez de petrodólares que buscaban retornos tan rápidos como descomunales. Estos desembarcaron en nuestro país dado que se les prometió elevadas tasas de interés y plena libertad para retirar sus ganancias. La prensa de la época bautizó este mecanismo con su habitual ingenio: “la bicicleta financiera”.

Dicho mecanismo, cuando echaba a rodar, daba una

ilusión de bienestar pero en realidad lo hacía a costa de ganar en vulnerabilidad, dado que dependía del ingreso permanentemente de capitales. Bastaba que cambiaran las condiciones internacionales y los acreedores se replegaran para que se desencadenara una profunda crisis. Eso fue lo que ocurrió a principios de los años ochenta cuando México se declaró insolvente. Tirada la primera piedra, los capitales se fueron en estampida de América Latina y el crecimiento en el continente se volvió una especie en extinción*.

Ferri no estuvo al margen de lo sucedido en las altas esferas de la economía, todo lo contrario. Los estados, nacional y provinciales, restringieron sus presupuestos y SCAC entró en una zona de turbulencia. En 1981 no obtuvo ninguna licitación y, un año después, se vio obligada a cerrar sus puertas. El pueblo-fábrica sumó así, de manera traumática, una faceta que aún no había explorado: el conflicto. El personal, otrora aristocracia obrera del pueblo, no se quedó de manos cruzadas frente a tanta incertidumbre.

Las familias involucradas, setenta y cinco, consideraron insuficiente la propuesta de indemnización elevada por la empresa, y se organizaron para seguir presionando.



EL FINAL DE SCAC. TESTIMONIO DE OSVALDO MONTOYA.

“¿Cuándo en el 81 le empieza a ir mal a la fábrica? ¿Eh? En el 81 le va mal a la fábrica y en el 82 cierra, así que que hubo ahí un conflicto por el tema de las indemnizaciones?” Fue así. ¿Cómo fue el tema ese? Efectivamente cuando recibo el telegrama que lo querían pagar con el 50% yo lo rechace (...)

La fábrica está mal, porque ellos. Entonces, ellos nos tenían que pagar el 100% por la indemnización, no tenían más trabajo, es lógico, pero tenían que pagar el 100%.

Bueno, pero el abogado, estuvimos hablando inclusive con el Ministerio de Trabajo, bueno si usted no acepta, bueno, y vamos a juicio ¿qué significa ir a juicio? Usted ya como tiene que saber el juicio va a tardar un año, dos años y no sabes si va a ganar o no. Claro, más vale el pájaro en mano... entonces llegamos a un 75%. Vamos a perder un 25% con plata efectiva, con la plata en la mano. Así que hicimos, bueno, esto lo conversamos entre los abogados, yo y otros más. Y fuimos a la fábrica y hicimos con los compañeros, esa propuesta. El que está de acuerdo, firma y cobra. Y el que no, bueno, iniciará el juicio. Pero el abogado le dijo, no, no le prometo que va a ser este mes, dos meses, un año, dos años, tampoco le prometo que vamos a ganar, que vamos a ir a juicio lógico (...)



La Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina, la UOCRA en el vocabulario sindical, brindó asesoramiento letrado para mejorar el margen de negociación de los trabajadores. La amenaza de que la tensión escalara hizo mella en la compañía: desistió de la oferta de liquidar al personal al 50% y aceptó hacerlo al 75%. Ese número, aunque estaba lejos del 100% pautado por la ley, fue admitido por los trabajadores que prefirieron un monto inferior a embarcarse en un largo juicio cuya resolución era incierta, mucho más en aquellos años de plomo para la vida gremial. El primer gran conflicto laboral del barrio se vio así zanjado, con un solución que no dejó del todo conforme a ninguno de los actores involucrados.

11.



Cuando por las malas nuevas financieras el pueblo-fábrica comenzaba a languidecer, Ferri debió enfrentar un segundo evento traumático que en este caso involucró al pueblo-chacra. Así, éste también tuvo su propia encrucijada y el otro gran ordenador de la vida laboral de Ferri pasó por su propio vía crucis en aquellos

años de tanta debilidad económica nacional y regional. En 1985, a sólo tres años del cierre definitivo de SCAC, el clima le dio la espalda a *La Alianza*, el gigante agrícola del poblado.

La primavera acababa de empezar en aquel año caracterizado a nivel país por el Plan Austral y el Juicio a las Juntas Militares. Las lluvias fueron copiosas en aquella estación y la temperatura muy elevada, el mercurio del termómetro subía sin cesar. Esas condiciones fueron ideales para que la fruta madurara a mayor velocidad, alejándose de su ciclo normal y generando el peligro de alguna helada tardía, como sucedió en la segunda semana de la primavera. Al día siguiente del evento, los habitantes de la chacra-pueblo se despertaron con la peor de las noticias: la producción estaba perdida en su totalidad. Lo adelantado de la maduración y lo insospechado y crudo de la helada generaron un combo fatídico que nadie había esperado y que tuvo consecuencias de larga duración.

La reacción de la empresa a este evento desafortunado no fue más que un manotazo de ahogado. La gerencia dio permiso a los empleados para que se ganaran la vida en otro lugar por al menos doce meses y durante

ese lapso, el establecimiento buscó recuperar fuerzas, pero dicha jugada de emergencia demostró ser tan solo un espejismo, una fuga hacia adelante. El financiamiento para recuperar las pérdidas no llegó jamás y la quiebra resultó inevitable, a diferencia del antecedente con la fábrica de premoldeados, la caída en desgracia de *La Alianza* fue tomada con resignación por sus trabajadores, no hubo grandes conflictos y las indemnizaciones fueron abonadas en tiempo y forma.

A partir de allí, *La Alianza* se volvió una sombra de lo que alguna vez había sido. Las 180 hectáreas que venían desde la década de 1930, aquellas que Luis J. Canterás vendió a Antonio Lamolla, comenzaron una deriva que siguió hasta la actualidad. Fueron alquiladas a los Mandalari, una familia cipoleña que buscaba ampliar su cartera de inversiones y complementar los beneficios de la actividad comercial con la producción, pero dicho intento se dio en otro momento desfavorable para la fruticultura. Las manzanas y peras del Alto Valle, a finales de los ochenta y principios de los noventa, comenzaban a tener competidores en el hemisferio sur y la potencia del Alto Valle ya no parecía ser la misma.



Mástil de la escuela en la década de 1970 (Fuente: colección Ruperto San Martín)



Mastil de la escuela en la actualidad (Fuente: Colección #FerriEnImágenes)

Los precios de la fruta en ese marco de competencia creciente fueron a la baja y los nuevos dueños se vieron obligados, bajo la lógica de buscar rendimientos inmediatos, a desmontar el espacio productivo. Los árboles fueron talados y su lugar ocupado por alfalfares. Un puñado de los edificios en pie fueron refuncionalizados y la mayoría demolidos. El resto sobrevivió a duras penas, con las cicatrices que fue dejando el paso del tiempo.

Aquel paisaje desolado de finales de la Dictadura Militar y comienzos del proceso de democratización tenía la fuerza de una metáfora, una señal de lo vivido y lo por vivir. Por un lado, las ruinas de la chacra-pueblo y de la fábrica pueblo, otrora pujantes reguladoras de la vida local, pero por el otro, una sociedad resiliente, que no pensaba dejar caer el tan anhelado sueño de progreso para su tan querida comunidad.

12.



Corría la segunda mitad de la década de 1980. Lo peor parecía haber quedado atrás. SCAC y

La *Alianza* habían bajado sus persianas, pero las indemnizaciones le habían permitido al pueblo no perder su dinamismo. Con el dinero recibido, algunas familias terminaron sus casas y otras, las más osadas, se animaron a comprar un auto, posible inversión en el rubro de transportes. Pero fue la construcción el mejor antídoto contra la pobreza y se convirtió así en el sector que fue generando el nuevo polo de desarrollo del barrio, el que por supuesto tuvo un color más informal que los anteriores *.

Todo comenzó con un hecho en parte fortuito: la fábrica de premoldeados había dejado un tendal de deudas con el fisco y la forma de saldar ese pasivo fue con placas de cemento que permitieron al Estado provincial desarrollar una activa política habitacional. Los planes de viviendas, con algún retraso con respecto a otras localidades de la región, dieron el presente en Ferri y volvieron a cambiar el paisaje. No fue un plan convencional sino a medida de los insumos disponibles y que poco tuvo que ver con esos barrios creados en los bordes de otras ciudades que luego se convirtieron en periferias. De hecho, el resultado fue todo lo contrario, las nuevas residencias, con sus características columnas de hormigón y aspecto



LOS FANTASMAS DE SCAC

Actualmente, la antigua fábrica SCAC se encuentra en un estado de abandono total, y su edificio está en evidente deterioro. Esta situación ha convertido al terreno de SCAC en el escenario perfecto para el surgimiento de diversas “leyendas urbanas” relacionadas con la aparición de fantasmas y otros fenómenos anormales. En el año 2015, un grupo de niños y adolescentes de Ferri decidieron filmar un cortometraje de terror como parte del Taller Móvil de Cine y Video Comunitario, Ekesh, dando vida a estas “leyendas”.

Para ver este cortometraje escanear el código QR.



industrializado, se localizaron en los lotes existentes, consolidando y densificando las ocho manzanas que dieron forma al trazado fundacional.

En la continuidad de su vida económica y social, desaparecidas las empresas que habían traccionado su desarrollo, Ferri fue dirigiendo su mirada a la vecina ciudad de Cipolletti. Lejos quedaron las aspiraciones de autonomía que circularon por el pueblo en sus orígenes por la palanca del tren o las de la década de 1970, cuando la empresa de premoldeados vivía en estado de gracia (y algunas vecinas habían iniciado sus estudios superiores con el objetivo de volverse los primeros cuadros funcionarios de la nueva metrópolis asociada a su industria local).

Caído el último ideal separatista con el derrumbe de SCAC, la comunidad comenzó a participar con mayor frecuencia en la vida política de la ciudad a la que administrativamente pertenecía. El cambio de la situación relativa hizo que los vínculos con Cipolletti se estrecharan más allá de lo catastral y ya desde la vuelta de la democracia, Ferri se convirtió en una plaza más de la política municipal. Mutuas necesidades generaron mutuos incentivos para volver más porosa la “frontera”.

La primavera alfonsinista estaba en plena efervescencia a nivel nacional y provincial y, como era de suponer, una remozada Unión Cívica Radical hizo pata ancha en la localidad. Eran tiempos de Alvarez Guerrero al frente del ejecutivo provincial y un grupo importante de vecinos fue la expresión local de esa renovación. Entre ellos se contaba Gabriel Morales, un puntano, atraído por los horizontes que había abierto SCAC, que terminaría siendo concejal de Cipolletti en representación de Ferri. Todos estos movimientos capilares daban cuenta de un proceso más bien tectónico: sobre las cenizas del pueblo-chacra y el pueblo fábrica estaba naciendo el pueblo-barrio.



SCAC en ruinas. (Fuente: colección Germán Curihuinca)



SCAC en ruinas. (Fuente: colección Germán Curihuinca)

13.



El papel de los intermediarios fue fundamental en esta etapa en donde el pueblo debió abrirse más a Cipolletti y otras localidades en pos de sobrevivir como tal. La labor de dichos personajes resultó una especie de aduana entre las necesidades de los vecinos y las reparticiones que contaban con recursos para resolverlas. Su legitimidad se sostuvo en la eficiencia que mostraron a la hora de resolver los -no pocos- problemas de los habitantes de Ferri, y para ello debían tocar puertas y convencer a funcionarios sobre la relevancia de dar prioridad a dicho espacio por sobre otros barrios o localidades.

Las gestiones locales comenzaron a rendir frutos en los últimos años de la década del ochenta, por ejemplo con el gas, la obra más esperada por la comunidad. Las notas solicitando la red propia habían sido elevadas a la municipalidad desde los tempranos años setenta pero la respuesta se había demorado. En una de sus recorridas por el Alto Valle, el gobernador Álvarez Guerrero hizo una escala en la casa de los Morales y

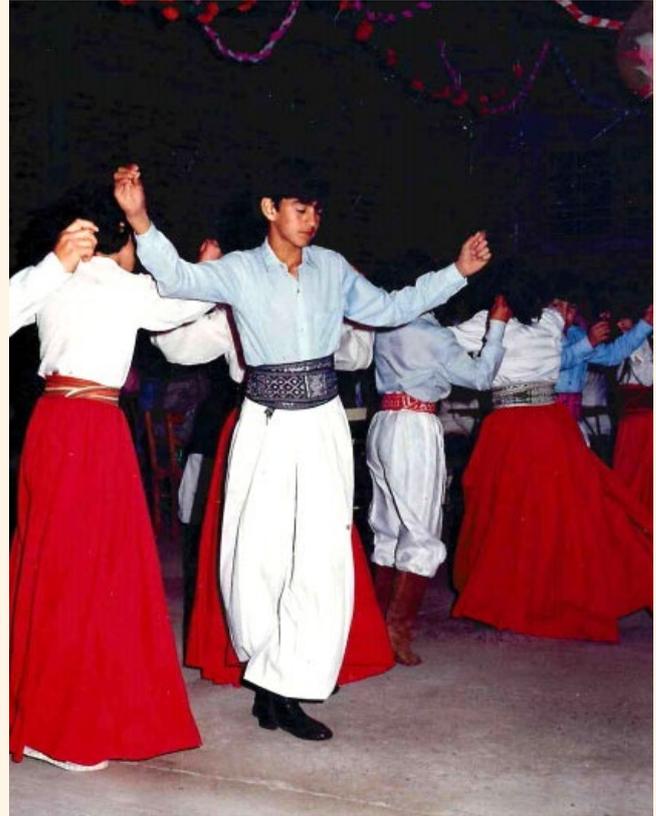
se quedó a almorzar. Las empanadas eran abundantes y la mesa estaba bien regada. De pronto, en un tono amistoso, el político preguntó qué necesitaban los vecinos del Ferri y la respuesta del referente radical cayó de maduro: gas. El gobernador tomó nota, valoró el peso del espacio dentro de sus propias redes de liderazgo e inició el camino que, hacia comienzos de los noventa, llevaría a la colocación de las cañerías y el suministro del combustible.



Álvarez Guerrero en Ferri. (Fuente: colección Biblioteca Raul Entraigas)

Estas gestiones fueron acompañadas por otras que dotaron a Ferri de una infraestructura que, hasta allí, solo había sido una expresión de deseos. La instalación de un teléfono público provisto por la Empresa Nacional de Telecomunicaciones (ENTEL) o la creación de una biblioteca, son solo algunos ejemplos de ese pueblo-barrio cuya capacidad de crecer dependía de fondos provenientes de la Municipalidad o del Estado provincial. Esta orientación, que no haría más que profundizarse con el paso del tiempo, no fue obstáculo para que las organizaciones de la sociedad civil gozaran en los años ochenta de una buena salud, más bien un aliciente. La peor gestión, por aquel tiempo, era la que quedaba sin hacer.

Las asociaciones de las décadas de 1960 y 1970, esas que permitieron atender las necesidades de la población, desde la iglesia hasta el dispensario, tuvieron su relevo y la década del ochenta vería surgir a otras, como la cooperadora de la escuela N° 36, una banda musical y la peña folklórica “Jorge Cafrune”. La comisión que organizaba periódicamente las fiestas en el galpón de La Alianza desapareció con el pueblo-chacra, pero su lugar fue ocupado por el corso que circulaba por las calles de Ferri y hasta participaba con su carroza del



Alvarez Guerrero en Ferri. (Fuente: colección Biblioteca Raul Entraigas)

carnaval cipoleño. Se trataba de un tejido organizativo que fue esculpiendo un sentido de identidad local que se reforzaba por la cercanía espacial y los innumerables vínculos familiares. A la tristeza de los cierres de los gigantes productivos del pueblo, la sociedad opuso esta suerte de felicidad popular sostenida en prácticas pequeñas pero renovadas. La Primavera Democrática desplegada en la escala micro de Ferri.



Carnaval en Ferri (Fuente: colección Amelia Sosa)

14.

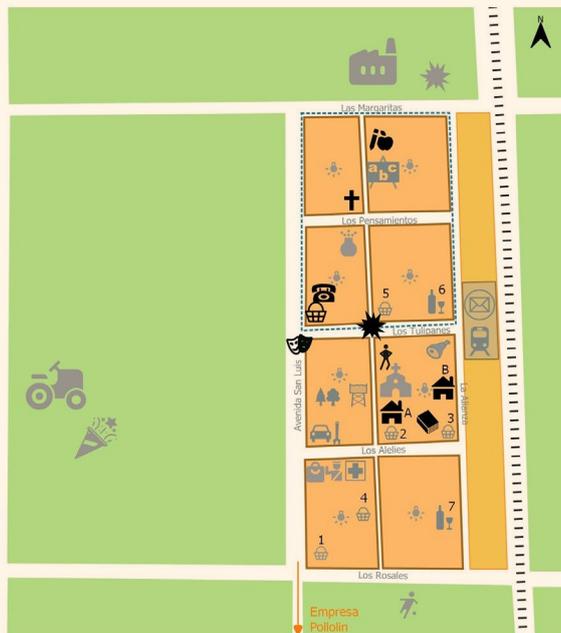


Una comunidad local, eso era nuestro pueblo-barrio hacia fines de la década de los ochenta. Había perdido ese esplendor que supo tener durante el auge del pueblo-fábrica y quedaba poco de ese pueblo-chacra con aroma a pioneros dispuestos a “hacer la América”, pero las redes entre vecinos seguían logrando un laborioso crecimiento. Las fórmulas, eso sí, debían ser otras y, como señalamos, el vínculo con Cipolletti se mostraba más fuerte que en el pasado. Pero ese refuerzo por arriba entre ambas ciudades no generó que los habitantes de Ferri se sintieran plenamente cipoleños, más bien lo contrario. Existían muchos elementos que los distanciaban de una localidad que, de la mano de la agroindustria y su proximidad con Neuquén, se había convertido en una de las más dinámicas de la provincia de Río Negro.

El peso de la historia era uno de los puntos de distancia cultural más fuertes entre ambas comunidades. Ferri tenía su estación y hasta su propio código postal (8301). Por otro lado, su perfil productivo había

Pueblo - Barrio (1983-2009)

-  Almacén
San Sebastián 3
-  Primer teléfono
público
-  A- Salón Comunitario
B- Centro de adultos La
Esperanza
-  Jardín de Infantes N°122
-  Templo Evangélico
-  Biblioteca Popular Raul
Entraigas
-  Corso en calle
San Luis (1982)
-  Episodio de
inseguridad
-  Plan de viviendas
-  Peña Jorge Cafrune
-  Escuela N° 36
Antonio Lamolla
-  Fiesta en Galpón de
la Alianza
-  Nueva Comisaria
-  Manzanas
fundacionales
-  Loteo 39 viviendas



-  Fábrica SCAC
-  Conflictos en
Fábrica SCAC
-  Establecimiento
La Alianza
-  Estación
-  Estafeta Postal
-  Policía
-  Plaza
-  Bomba de Agua
-  Carnicería de Yensen
-  Sodería
-  Taller
-  **Almacén**
- 1- Bauch
- 2- Velázquez
- 3- Ramos grales. Turr Riera
- 4- San Sebastian 1
- 5- San Sebastian 2
-  **Bares**
- 6- Bar de Picha
- 7- Bar de Sánchez

Fuente: colección #YoMapeoFerri.

sido otro: *La Alianza* fue una excepción en el Alto Valle y SCAC le dio un impronta industrial con pocos antecedentes en la región. En ese sentido, Cipolletti tenía una historia más clásica para la zona de paso de la vida en chacras a la vinculación con la ciudad de Neuquén; Ferri en cambio, siempre se había sentido distinta, y era desde ese lugar que miraba a su vecina.

La vida social siempre fue otro diferencial de Ferri. No solo era intensa y variada, sino que funcionaba como un remanso en tiempos de incertidumbre y volatilidad económica. El pueblo siempre estaba, como una pequeña aldea gala, para amortiguar lo que pasara en el mundo, que como vimos no era poco. Claro que las comunidades no son homogéneas y, mucho menos, armónicas y cuando hablamos de identidad no nos referimos solo de los recuerdos añorables. Las tensiones son parte de su esencia, no hay forma de escapar de ellas. Aunque desde la comodidad del presente se tiende a romantizar un pasado hecho de esfuerzo y objetivos comunes, no cabe dudas que el pueblo-barrio albergó pujas de muy diversa naturaleza.

Las fricciones no siempre son fáciles de identificar, a veces duele ponerlas de manifiesto. Bucear en las

experiencias personales siempre remueve fibras muy sensibles. Una y otra vez aparecen las narrativas del arrepentimiento: poner en palabras eso que se podría haberse realizado pero no se hizo, recorrer de nuevo caminos que el tiempo demostró que estaban equivocados. Entre tanta emoción contenida emergen de forma oblicua esas luchas por definir los contornos de la comunidad. Esas disputas a las que solo se puede acceder leyendo los testimonios a contrapelo. Pero de eso se trata recuperar la historia de Ferri: no solo es rescatar esos recuerdos que están a flor de piel, esas anécdotas fabulosas, casi cinematográficas, sino también escarbar los estratos más profundos del pasado y buscar allí episodios tan significativos como difíciles de contar.

Uno de los momentos de sensaciones encontradas ocurrió a mediados de la década de 1980. El tejido social de Ferri era denso y la ayuda desinteresada no era algo extraño. La población había crecido en parte por la migración y en parte por hogares que ampliaban el número de sus integrantes. Una de las necesidades más sentidas era contar con espacio para desarrollar múltiples actividades, desde algo tan sencillo como un asado hasta cumpleaños y aniversarios. La parroquia disponía

de tierras justo al lado del templo, un lote desocupado que precisaba de mucho esfuerzo y capitales para convertirse en un salón comunitario. Los recursos no era que caían del cielo en el Ferri de aquel entonces, pero se conseguían a partir de las redes de solidaridad, y el esfuerzo colectivo estaba garantizado. Algunos vecinos sabían de construcción, otros podían colaborar con fondos y todos aportaron horas de trabajo para terminar la obra, en el año 85. Sin embargo, apenas inauguradas las instalaciones, comenzaron los inconvenientes. El párroco tomó el control del salón e implementó una tarifa para su uso. La indignación creció: los vecinos y vecinas no lo podían creer. Habían edificado con sus propias manos un recinto para cuyo uso debían pagar. La polémica decisión, al parecer, provenía del obispado de Río Negro. Las tramas eclesiásticas y administrativas detrás de esta medida no importaban demasiado, lo cierto es que la población nunca se apropió del lugar y, peor aún, jamás se olvidó del tironeo con la iglesia.

15.



Otro episodio en donde la identidad local se mostró como una construcción no exenta de pujas y tensiones



Los conflictos en el Pueblo-Barrio. El salón comunitario. (Fuente: colección Biblioteca Raul Entraigas)

se dio al momento de bautizar las calles de Ferri. Hasta allí, las arterias del casco original llevaban nombres catastrales: la 112, 114 y 116 corrían paralelas a las vías del ferrocarril, mientras que la 801, 803, 805, 807 y 809 eran perpendiculares al camino de hierro. En sus cruces quedaba definida la cuadrícula del pueblo, sus icónicas ocho manzanas, nominadas por la mera cifra, sin mayores compromisos simbólicos. En un momento había existido un proyecto para que los nombres refirieran a obras literarias pero nunca había sido del todo oficializado.

Sin embargo, todo cambió en 1988 cuando el asunto de nominar a las calles se planteó con mayor insistencia y tomó estado público. Se hicieron reuniones y las discusiones giraron en torno a dos posiciones. Las familias pioneras, aquellas que habían dado forma al pueblo-chacra, querían homenajear a los primeros pobladores. Propusieron que las principales calles se llamaran Pistagnesi, Tur Riera, Yensen y Polgar. Otro grupo de vecinos, muchos recién llegados y otros con apellidos menos patricios, sostuvieron la necesidad de que su denominación fuera lo más neutral posible, para no generara grietas al interior de la comunidad. En esa línea, usar nombres de algunas flores les parecía una

buena opción y fue ese un criterio que al final lograron imponer y esa nomenclatura aún pervive: en sentido sur-norte, Los Rosales, Los Alelíos, Los Tulipanes, Los Pensamientos y Las Margaritas.

De todos modos, las referencias al pasado sobrevivieron, aunque hicieron foco en quien se presentaba como el gran benefactor de Ferri, el Doctor Antonio Lamolla. Tampoco se prescindió de *La Alianza*,



Conflictos en el Pueblo-Barrio. Los nombres de las calles. (Fuente: colección #FerriEnImágenes)



Conflictos en el Pueblo-Barrio. Los nombres de las calles. (Fuente: colección #FerriEnImágenes)

el establecimiento que había cedido las tierras de la estación y alrededor del cual se asentaron los primeros pobladores. Tanto uno como otro merecieron una calle con sus nombres. Pero por fuera de las menciones de rigor, aquellas que -por su importancia- eran inevitables, las primeras décadas de la historia de la localidad permanecieron detrás de un velo.

Dicha batalla por la memoria no fue un hecho aislado, más bien fue el síntoma más evidente de una tensión que venía germinando desde los setenta, un conflicto que reflejaba muy bien los dos jalones del proceso de poblamiento de nuestro pueblo, uno más asociado al desarrollo de las chacras y el otro nacido del impulso de la industria local. Nada que no haya ocurrido en otras localidades que experimentaron un rápido crecimiento, especialmente aquellas que salpicaron la geografía patagónica. La literatura científica resume esta fricción con dos siglas: NyCs y VyQs.

Los primeros eran “los nacidos y criados” (NyCs), rótulo que, en el caso de Ferri, debería reformularse levemente. Los NyCs locales fueron familias llegadas en los tiempos de la pueblo-chacra en las primeras décadas del siglo XX, cuando la producción frutícola

comenzaba a desplegar sus alas. La mayoría de ellas se dedicaba a la agricultura y eran los famosos chacareros. También había comerciantes, aunque sus trayectorias se cruzaban con *La Alianza*, como era el caso de Juan Tur Riera, un inmigrante de origen español. Tur Riera fue el encargado de implantar el monte frutal de los Lamolla, quienes, a cambio de esas labores, le cedieron una parcela frente a la estación ferroviaria. Esta ubicación, ciertamente privilegiada, le permitió a aquel fundar una empresa que con el tiempo se convirtió en un respetado almacén de ramos generales.

Independientemente de su ocupación, los pioneros fueron un resorte fundamental de la vida comunitaria del “Viejo Ferri”, ocupando en los sesenta y setenta posiciones claves en comisiones, cooperadoras y clubes, aunque es cierto que, en los años ochenta, comenzaban a transitar la vejez y sus hijos participaban de una sociabilidad que se desarrollaba por fuera de los muros del pueblo.

Los “venidos y quedados” (VyQs) fueron hijos del pueblo-fábrica, mayoritariamente puntanos y cuyas

trayectorias estaban asociadas irremediamente a SCAC. Eran mucho más jóvenes que los NyCs y fueron hábiles a la hora de insertar a Ferri en las maquinarias políticas que se habían puesto en marcha con la vuelta de la democracia. Algunos eran radicales, Gabriel Morales por caso, pero no faltaban los referentes del peronismo, especialmente quienes, como Osvaldo Montoya, venían de una larga tradición sindical.

Cuando los NyCs comenzaron su retirada, los VyQs tomaron las riendas de las principales instituciones de Ferri. Y en ese recambio dirigencial, que tenía mucho de generacional, las escaramuzas se multiplicaron sin remedio. Ninguna de ellas fue tan pregnante en la memoria de los vecinos como la controversia en torno al nombre de las calles, pero fueron el preanuncio de lo que estaba por venir. Por ejemplo, esa sensación de invasión o de pérdida de grados de libertad ya se había manifestado en 1985, cuando la vieja ruta que conectaba a Ferri con Cipolletti y Cinco Saltos fue bautizada San Luis en homenaje a los trabajadores de la fábrica de premoldeados y con la anuencia del gobernador puntano de aquel entonces, Adolfo Rodríguez Saá.

16.



Los noventa vinieron cargados de novedades para la Argentina. La hiperinflación había quedado atrás y la convertibilidad parecía mostrar la infalibilidad del mercado. El plan daba la sensación de ser perfecto: un Estado prudente en materia monetaria brindaría señales positivas a los inversores y los capitales volverían entonces a apalancar un crecimiento sideral, para llegar hasta la estratósfera en media hora. Pero, los guiños cambiarios no servirían de nada si no se acompañaban de una cirugía mayor sin anestesia, como recomendaban los neoliberales sin dudar. “Todo lo público debía pasar a manos privadas” fue su grito de guerra. La historia reciente parecía asistir a estas nuevas ideas. El muro de Berlín se desmoronaba y, con él, caían uno por uno esos regímenes de bienestar que habían servido para contener al comunismo. La avanzada fue tan veloz como eficaz, una especie de fuerza de choque que arrasaba con todo aquello que recibiese el rótulo de antiguo e ineficiente.

La región no fue ajena a estos cambios y en solo

un lustro, muchas de las empresas públicas que habían dinamizado la economía patagónica fueron privatizadas. Especialmente las energéticas, -desde YPF hasta Gas del Estado, pasando por Hidronor-, se volvieron sociedades anónimas. Todas ellas comenzaron a privilegiar la ganancia a la ocupación del territorio y la industrialización del país.

Con todo, la apertura comercial, innegociable precepto del nuevo recetario económico, auguraba tiempos de prosperidad para la alicaída fruticultura regional. Se multiplicarían los compradores de manzanas y peras a nivel mundial, y la magia de la dolarización de la economía permitiría a los productores capitalizarse, revirtiendo una tendencia a la baja que había comenzado a manifestarse en los ochentas. Pero nada de ello ocurrió. El retraso cambiario, expresado en la consabida fórmula del uno a uno, volvió a los productos locales caros a nivel internacional y eso les arrebató la poca competitividad que aún preservaban. Los créditos que permitirían incorporar tecnología solo pudieron ser capturados por los grandes jugadores, concentrando la actividad en un puñado de firmas que reforzaron su posición en cada una de las etapas del

proceso productivo, desde las labores culturales hasta la comercialización de peras y manzanas. La fruticultura ingresó así en un cono de sombras del que nunca pudo escapar y cuya estela cubrió al alto valle del río Negro y en los valles inferiores de los ríos Neuquen y Limay.

Ferri vivió en carne propia esta prolongada fase de malestar. Como vimos, los tempranos ochenta habían asistido al final de *La Alianza*, sellando la suerte del pueblo-chacra de mediados del siglo XX. Sin embargo, no eran pocas las pequeñas explotaciones que, durante el alfonsinismo, resistieron precios internacionales en caída libre y competidores hemisféricos cada vez más agresivos. Pero la convertibilidad fue demasiado para un modelo de empresa que se había sostenido en el trabajo familiar, la baja capitalización y el empleo ocasional de mano de obra. Las chacras dejaron de ser rentables y muchas familias debieron desprenderse de ellas, ya sea vendiendo a tiempo, o de manera compulsiva, por vía de remates. No fue una coyuntura fácil, los tractorazos se volvieron habituales y el desempleo aumentó de forma exponencial. Los relatos de los vecinos nos muestran con claridad las modulaciones del neoliberalismo en el pueblo: todos, independientemente de su condición social y edad, se refieren a los noventa como una época

de “vacas flacas” en la que debieron ingeniárselas para asegurar un ingreso familiar apenas digno.

17.



Como describimos, los noventa fueron dramáticos para Ferri, pocas dudas caben de ello y el trabajo en las chacras, uno de sus puntales, simplemente se esfumó. Por aquellos años, la changa se volvió la norma y no era extraño ver, temprano en la mañana, bicicletas surcando los caminos de la zona en búsqueda de algún empleo circunstancial que permitiera engordar las raquílicas finanzas familiares. Este paisaje de la precariedad no era desconocido en otras latitudes de una Argentina que se había acostumbrado al desempleo y la precariedad laboral pero que en nuestro pueblo era una auténtica novedad. Ese ajuste de Ferri a la realidad nacional tuvo un capítulo que no podemos dejar de mencionar: la inseguridad. El recuerdo de aquella estación de tren de principios de siglo quedó sepultado, esos tiempos de confianza ciega y puertas abiertas se volvieron una expresión lejana del pasado. Desde los tan inestables años noventa, muchos de los habitantes de Ferri, consolidaron el sentir que su

cotidianeidad se había vuelto más peligrosa.

Las infracciones más habituales hasta entonces, como el robo de ganado o alguna cuenta impaga, sin desaparecer, compartieron cartel con delitos bastante más violentos. Uno de los más recordados ocurrió a mediados de los noventa, cuando un hombre fue detenido luego de procurar asaltar un mercado. Los gritos de la población y la rápida intervención de la policía impidieron que el hecho se consumara, aunque su impacto en el imaginario fue mucho más difícil de borrar. Lo que, con suerte, ocupó un par de líneas en las crónicas policiales de los medios regionales, marcó un quiebre en la memoria de la comunidad, un parteaguas que demostraba que Ferri tenía un nuevo formato que no era precisamente amigable.

Pero no todo fue oscuro en los noventa. Como lo hemos señalado varias veces en este libro, Ferri jamás se rindió a un clima de época, más allá de lo agobiante que fuera. La falta de trabajo se compensó, en parte, con el desarrollo de Pollolín, una planta avícola que, aunque no se emplazó estrictamente en Ferri, dejó su huella en nuestro pueblo-barrio. Este emprendimiento no era nuevo en la zona, y funcionaba desde 1961, cuando

Roberto Maionchi recibió de su padre seis hectáreas que pudo acomodar para su desarrollo. En dicho predio, situado a casi un kilómetro de las ocho manzanas que rodeaban a la estación y donde “solo había agua y estaba todo abandonado”, Maionchi comenzó con la cría de pollos.

Los inicios de la empresa fueron complejos: los pollitos llegaban en aviones despresurizados y eran pocos los ejemplares que lograban sortear la travesía. Luego, se los comenzó a traer desde Buenos Aires por medio de Ferrocarriles Argentinos, empresa que reemplazó a la otrora todopoderosa compañía británica. En esos primeros años, la apuesta permanente por la innovación, a la postre sello de agua de Pollolín, le permitió posicionarse en un mercado ciertamente competitivo. La incorporación de razas híbridas que achicaron los tiempos de engorde, la contratación de un veterinario a tiempo completo, y la adquisición de campanas y comederos automáticos son algunas de las mejoras que la firma incorporó en sus dos primeras décadas de vida.

Promediando los ochenta, Pollolín había tomado distancia de sus humildes comienzos y los cinco mil

pollos por semana de comienzos de la década de 1960 se habían vuelto cerca de cuarenta mil. Con todo, la empresa cipoleña crecía a la sombra de Avícola Bambi, localizada en la vecina ciudad de Neuquén y líder del sector a nivel patagónico. Para dar el zarpazo precisaba de una inversión de envergadura: una planta de incubación que permitiese a la firma ganar en autonomía de sus proveedores de pollitos de Buenos Aires, Bahía Blanca y Mar del Plata.



Los comienzos de Pollolín. (Fuente: www.pollolin.com)

Lo que se planteó como posibilidad, casi un sueño en medio de la vorágine hiperinflacionaria de 1989, se convirtió en realidad tan solo dos años después. La ausencia de trabas a la importación, sumado a esa expansión de la oferta de crédito tan propia del temprano menemismo, fueron claves para obtener los fondos que hicieron posible primero el diseño del proyecto, con asesoría de una empresa estadounidense líder en el sector, y, luego, su ejecución, con obras en la barda norte de General Fernández Oro. Esa locación tanto más alejada de las instalaciones permitieron aislarlas de cualquier otro edificio avícola, tal como recomendaban los protocolos de bioseguridad de la época.

Fue así cómo en octubre de 1991, en tiempos difíciles para la gente común, se produjo el nacimiento inaugural en la nueva planta de incubación, a poco menos de un mes de la llegada de los primeros huevos fértiles. Gracias a esta inversión, se multiplicó la producción y, con ello, se produjo un derrame a lo largo de una cadena cuyos eslabones abarcaban buena parte de la región. Los cientos de miles pollitos que nacían por semana eran seleccionados, vacunados y despachados a granjas propias de Pollolín o bien a otras que estaban

integradas a la empresa. Se proseguía allí con las tareas de cuidado mientras que las aves se desarrollaban y, cuando alcanzaban el peso esperado, los pollos eran transportados a la planta de faena, localizada en las inmediaciones de Ferri, donde se procedía a su industrialización y distribución .

El escalamiento de la producción de Pollolín, que coincide con los años noventa, suavizó los efectos del desempleo y, sobre todo, profundizó la orientación



Planta de Faena de Pollolín. (Fuente: www.rionegro.com.ar)

hacia Cipolletti de un cada vez más consolidado pueblo-barrio. La producción avícola apareció de esta manera como un polo de desarrollo para Ferri, la manera más eficaz de paliar una crisis que amenazaba a los sectores hasta ese momento preponderantes.

18.



Un día la convertibilidad colapsó. La ilusión del uno a uno se hizo trizas. En 2001, cuando el siglo XXI estaba apenas gateando, los piquetes y las cacerolas sentenciaron el gobierno de Fernando De la Rúa. El fantasma del corralito recorrió el país y los depósitos fueron capturados por bancos que se declararon insolventes. Ya nadie confiaba en un sistema financiero que se había desplomado como un castillo de naipes y el ahorro de los argentinos se volcó a un refugio seguro: los ladrillos. Mágicamente, el capital se urbanizó y los valores del suelo urbano (y de todo lo construido sobre él) trazaron una curva ascendente. El Estado nacional con sus arcas vacías, y después de tanto “dejar hacer”, no construyó viviendas con la misma celeridad de las décadas anteriores: los planes habitacionales ocuparon un lugar secundario, casi despreciable, en

los presupuestos federales. Es cierto que, conforme la crisis fue quedando atrás, el desempleo dejó de ocupar los titulares de los principales diarios del país, pero el acceso a la tierra se hizo cuesta arriba y se convirtió en una herida abierta que aún hoy no logra cicatrizar. Esta situación compleja en lo habitacional fue el lienzo sobre el que Ferri escribió su historia durante los primeros años del siglo XXI.

Lejos de permanecer estancado, nuestro pueblo-barrio había crecido (y mucho) en los últimos y complejos años de la centuria pasada. Solo basta con echar un vistazo a los censos para darnos cuenta de ello: esa población que hacia comienzos de la década de 1990 apenas superaba los seiscientos habitantes, se había duplicado tan solo veinte años después. Aquellas familias instaladas en los setenta habían crecido y, con ellas, las necesidades de contar con nuevas viviendas. Con este déficit habitacional ya consolidado en los 2000, el pueblo-barrio se convirtió en una especie de olla a presión.

Las ocho manzanas originales, esas que Canterás había donado para el desarrollo de la nueva localidad, eran insuficientes para un número de pobladores que

aumentaba sin cesar. Por otro lado, las posibilidades de expansión eran a todas luces reducidas dado que desde su propio nacimiento Ferri estuvo siempre rodeado de chacras que hacían de silenciosa frontera. Los baldíos, que eran la nota dominante del paisaje del pueblo-chacra en sus primeros años de vida, fueron desapareciendo poco a poco colonizados por una población creciente, y, como suele ocurrir cuando oferta y demanda se desacoplan, los escasos lotes remanentes, por más pequeños que sean, se volvieron piezas muy codiciadas.

Fue paradigmático el caso de las tierras adyacentes a la estación ferroviaria, en los hechos una de las pocas áreas sobre las que podía expandirse la planta urbana. Su uso por aquel entonces era muy distinto al que le había dado origen, dado que en los tempranos noventa el servicio que unía a Cipolletti con Barda del Medio había sido desactivado. Esos treinta kilómetros de camino de hierro fueron una de las tantas víctimas del (muy menemista) precepto “ramal que para, ramal que cierra”, con el que Argentina dio forma a su reforma del estado. Luego de esos cambios en la gestión del Estado Nacional sobre los ferrocarriles, las tierras ferroviarias, embutidas en áreas de localización céntrica pasaron a



Antiguo galpón ferroviario. (Fuente: colección #FerriEnImágenes)

manos municipales, como sucedió con la mayoría de las ciudades de la norpatagonia. Ferri no escapó a las generales de la ley y el antiguo galpón ferroviario se transformó en un centro comunitario donde comenzaron a desarrollarse diversas actividades, desde la atención de un asistente social hasta actividades recreativas para todas las edades.

El resto de las tierras ferroviarias sirvieron para paliar un cada vez más evidente problema habitacional. En 2001, los referentes del barrio, entre ellos el muy activo presidente de la Comisión Vecinal, Osvaldo Montoya, reunieron a los vecinos que tenían la necesidad de acceder a un lote, especialmente familias jóvenes que aún residían en los hogares de sus progenitores. Fueron tantos los interesados que se introdujo una modificación en el proyecto elevado a la municipalidad de Cipolletti, en ese momento bajo la dirección de Julio Arriaga, figura indiscutida del otrora potente Frente Grande.

Originalmente, se había planificado una expansión sobre la calle La Alianza, al norte y al sur de la antigua estación, imaginando un uso residencial para un espacio que, por largos años, había servido de soporte al transporte de mercaderías y personas. En

esa franja de territorio se había pautado la entrega de una treintena de lotes, pero fue tanta la demanda y la presión por acceder al suelo urbano que se decidió disminuir el tamaño de las unidades para que pudieran acceder un mayor número de familias (treinta y nueve en total). La organización de los vecinos, la acción de los intermediarios y la voluntad política permitieron que en esta oportunidad el Estado municipal fuera un actor de relevancia en el diseño urbano, adelantándose un poco a necesidades que comenzaban a acumularse de forma preocupante.



Sector 39 viviendas. (Fuente: Google Earth)

19.



Luego de su primera expansión territorial en ocho décadas, Ferri arrancó el nuevo siglo con un mejoramiento de su infraestructura. Los tiempos de estrechez presupuestaria quedaron atrás. El viento de cola de la economía argentina, con el precio de los productos de exportación volando, permitió al Estado Nacional retomar su presencia. Los programas se multiplicaron y la municipalidad de Cipolletti -ahora en manos de Alberto Weretilneck, delfín de Arriaga aunque político con vuelo propio, pudo capturar financiamientos que, en tiempos de crisis, se habían reducido de forma notoria. Claro que la disponibilidad de fondos era solo una parte de la solución. El resto dependía de la acción de referentes que acercaron a las autoridades los problemas del barrio, y para ello, era necesario una dedicación *full time*. Los referentes de Ferri no solo debían cultivar relaciones con diversos funcionarios, sino, ante todo, disponer de tiempo para ser insistentes a la hora de elevar las demandas. O, usando términos de un vecino que se definía como puntero, la clave de su éxito residía en “estar en todos lados como jeringa de hospital”.

En parte por el creciente peso de la obra pública y en parte por la capacidad de nuestro pueblo-barrio de ganar terreno en la agenda municipal, Ferri se volvió objeto de proyectos de diversa envergadura, alejándose un poco de las carencias que la habían caracterizado a lo largo de su historia. La mejora de la conectividad con Cipolletti fue una de las apuestas centrales de esta mayor presencia del estado municipal y así, en 2006, la calle San Luis, la antigua ruta provincial a Cinco Saltos, fue asfaltada en toda su extensión. El tramo dejó de ser un camino rural para transformarse en una arteria que permitía a automóviles y colectivos transitar a mayor velocidad, aunque también aumentó el riesgo de accidentes viales. Algo similar sucedió con las calles internas, entre 2003 y 2011 se construyeron 3800 metros lineales de cordón cuneta, beneficiando a ese nuevo conjunto conformado por las ocho manzanas originales y las viviendas que se empezaban a construir en la cercanía de la antigua estación. El saneamiento no se quedó atrás, y en la primera década del presente siglo se tendieron cerca de tres kilómetros de cañerías, con más de dos centenares de conexiones domiciliarias y quince cámaras de registro.

Los espacios de sociabilidad se multiplicaron gracias a este despliegue de la acción del Estado Municipal. Esa

población joven que había dado vida al pueblo-chacra y al pueblo-fábrica se convirtió en una franja etaria que merecía un espacio de encuentro. La intensa vida comunitaria de los ochenta sobrevivió en el grupo de Abuelos “La Esperanza”, cuyo edificio propio fue inaugurado en ocasión de los festejos del centenario de Ferri. Pero no todas las obras se orientaron a la parte alta de la pirámide demográfica. La antigua plaza donde se disponía el tanque de agua, en el corazón del Viejo Ferri, recibió un refuerzo: un nuevo parque que se dispuso por fuera del trazado original, en la zona conocida como Los Nogales, donde las infancias tendrían un campo deportivo y un equipamiento ciertamente más moderno. En estos años, como vemos, terminó de consolidarse el pueblo-barrio: Cipolletti ya no estaba tan lejos y sus recursos llegaron a lugares que antes no habían alcanzado y el movimiento de Ferri se adaptó cada vez más a ese vínculo.

20.



Si algo estaba claro en la vida local en esta nueva centuria era que por fuera del pueblo formal, de ese Ferri que sumaba servicios y se parecía más al resto de las

localidades del Alto Valle, nacía uno nuevo, con contornos más difíciles de definir y una identidad renovada. Por supuesto que este “nuevo” Ferri no fue objeto de la planificación, no fue esa lógica la que le dio origen. El nuevo pueblo no se había gestado en el escritorio de algún urbanista que demarcaba los límites de lo posible y lo querible. Tampoco intervino el mercado, por lo menos no en su concepción primigenia. No hubo en este Ferri renovado, que crecía tras los muros del tradicional, una intención de obtener un beneficio, una renta como la que dio vida al pueblo-chacra de comienzos del siglo XX. Fue, en todo caso, resultado de la necesidad de una población que había aumentado, pero que tenía enormes dificultades para acceder a un pedazo de suelo.

Los treinta y nueve terrenos al costado de la estación fueron insuficientes para cubrir los requerimientos de más de un millar de habitantes. Migrar era algo unimaginable dado que los vínculos en Ferri eran fuertes y la identidad local algo muy arraigado. Tampoco era posible hacerlo en el contexto más próximo a Ferri, dado que, con la tracción ejercida por el complejo extractivo neuquino, hallar un lote a buen precio se volvió una misión imposible en casi todo el Alto Valle. La solución, finalmente, no fue distinta a la que observamos en el

resto de América Latina: la urbanización popular, la autoproducción del hábitat o, simplemente, las tomas.

La primera de ellas sucedió en mayo de 2009, aunque sus primeros ensayos datan de 2003. Su escenario tenía el poder de una metáfora: la ocupación se produjo sobre una considerable franja de tierras que pertenecían a Lamolla SA y que habían formado parte de “La Alianza”. No en lotes fiscales en la meseta, como en la mayoría del Alto Valle, sino en el borde del “Viejo Ferri”. En el cascarón del pueblo chacra, en un área localizada al oeste de la calle San Luis, sobre tierras que -desde hacía mucho- estaban fuera de producción.



Metamorfosis de Ferri. (Fuente: colección #FerriCuenta)

La toma fue una operación tan rápida como efectiva. Casi como un rayo en una noche de oscuridad, doscientas familias, en su gran mayoría locales, ocuparon el predio, comenzaron con las tareas de limpieza y distribuyeron los lotes. Esas relaciones cara a cara, resultado de la sociabilidad que llevaba décadas madurando, hicieron que el proceso sea organizado. El “Nuevo Ferri”, así se llamó la urbanización, nació con un perfecto amanzanamiento, sus calles siguieron las normas establecidas por el Municipio y quedaron previstas la reserva de lotes para usos fiscales, desde espacios verdes hasta instituciones públicas. Sobre este bastidor se montó el nuevo barrio: la autoconstrucción fue la norma y los faltantes en materia de infraestructura eran muy difíciles de ocultar.

La integración del nuevo sector fue paulatina y en ese tránsito, algunas de las prácticas que habían funcionado en el trazado original fueron trasplantadas al nuevo territorio. La provisión de agua es muestra palpable de ello. Tal como había sucedido en los setenta, los vecinos del sector construyeron con su propio esfuerzo un tanque con capacidad para abastecer a las dieciséis hectáreas involucradas. Desde allí, se tendieron cañerías que llevaron este vital recurso a los

domicilios de un asentamiento que, en 2013, albergaba a cerca de trescientas cuarenta familias y más de un millar de habitantes. Lo mismo ocurrió con el servicio de recolección de basura: en un primer momento, y hasta que la Municipalidad tomó cartas en el asunto, fueron los propios vecinos quienes aseguraron que los residuos fueran depuestos en un lugar adecuado. Pero los inconvenientes que debía enfrentar el “Nuevo Ferri” no eran pocos y, por ejemplo, la ausencia de un transformador de media tensión se tradujo en permanentes cortes de luz, sobre todo en verano cuando el consumo se disparaba por el uso de ventiladores y aires acondicionados.

Todas las problemáticas del asentamiento conducían a una misma explicación, y era la compleja situación dominial de los lotes que complicaba enormemente la regularización en la prestación de servicios. Ese obstáculo impedía que el nuevo Ferri se pareciera al antiguo en cuanto a la mínima comodidad, o peor aún, lo convertía en un espacio relegado. La respuesta de las autoridades era siempre la misma, que el municipio se encontraba limitado en la ayuda que podía brindar debido a que el sector era un asentamiento irregular. El hecho de que la ocupación se haya realizado en un

predio privado parecía atar de manos a los funcionarios, pero simultáneamente afianzaba la organización de los vecinos y proyectaba los reclamos por fuera de los límites de Ferri.

Así, no fueron pocas las veces que los representantes de las familias se entrevistaron con concejales solicitando que las tierras de Lamolla fueran declaradas de utilidad pública para destrabar la negociación con los propietarios. Asimismo, también fue fluido el vínculo que los vecinos mantuvieron con el Foro por la Tierra, la Vivienda y la Urbanización, una organización que nucleaba a la dirigencia de las numerosas tomas que se habían producido en Cipolletti en la primera década del siglo XXI. Con el derecho a la ciudad como bandera, barajaron inclusive la posibilidad de expropiar la chacra donde se emplazaba el nuevo barrio. La historia pareció dar una vuelta de página en nuestro pueblo y los dueños de *La Alianza* dejaron de ser los grandes benefactores y la palanca progresista para convertirse en un obstáculo de un proceso que mejoraría la calidad de vida de Ferri.

Las posturas estuvieron encontradas por largos años. Los vecinos organizados en dos grupos, el Ceibo y Autoconvocados, más allá de sus diferencias políticas,

coincidían en la necesidad de establecer un precio de venta del predio que pudiera ser pagado por las familias afincadas en “Nuevo Ferri”. Razones no les faltaban, ya que, en caso de acceder a la tenencia de sus lotes, los vecinos deberían comenzar a pagar tasas municipales e impuestos, y todo con ingresos que no eran precisamente elevados. También sostenían que el argumento esgrimido por los Lamolla era, al menos, endeble desde el punto de vista jurídico. La sociedad anónima en la que se refugiaba había sido dada de baja en la AFIP a finales de los noventa y no existía documentación alguna que probara que el predio tuviese un legítimo dueño. Los propietarios, por su parte, se aferraban a un valor de mercado que estaba fuera del alcance del bolsillo de quienes ya habían avanzado con la construcción de sus viviendas in situ. La diferencia entre ambas posturas era abismal: los pobladores ofrecieron 80 mil pesos por lotes, mientras que los apoderados de la firma solicitaron una cifra cercana a los 380 mil pesos. Para complicar más el cuadro, los dueños, a sabiendas de la carga fuertemente estratégica que portaban estos diálogos, y para mejorar su posición en la negociación, intimaron a la Municipalidad para que se abstuviera de intervenir en un inmueble privado. Desaparecida así la chance del arbitraje estatal parecieron haberse acabado las chances de mediación.

El callejón sin salida en tribunales no fue inconveniente para que el “Nuevo Ferri” fuera destinatario de políticas públicas diseñadas a nivel nacional. Quizás la más relevante fue su incorporación al RENABAP, un registro de barrios populares que, al día de hoy, reúne y sistematiza información sobre villas y asentamientos en la extensa geografía argentina. Por su intermedio, los vecinos no solo pudieron obtener un certificado de vivienda familiar en barrio popular que despejaba del horizonte el desalojo por parte de las autoridades, sino también absorber los financiamiento que la Secretaría de Integración Socio Urbana (SISU) había dispuesto para el mejoramiento del hábitat popular. Y lo más interesante es que, para avanzar en esta última dirección, se dio impulso a la economía popular, tomando distancia del mecanismo de las empresas contratistas que conduce a la cartelización de la obra pública. En efecto, al momento de escribir estas líneas, la Cooperativa de trabajo de Barrio Obrero, unidad ejecutora de varios programas de la SISU en Cipolletti, acababa de convocar a catorce vecinos, siempre respetando la paridad de género y con el asesoramiento profesional de la subsecretaría, para llevar adelante la construcción de las veredas, la implantación de arbolado urbano y la instalación de canastos de residuos.*



CONFLICTOS EN TORNO A “ NUEVO FERRI ”

“El vecinalista Juan Acevedo manifestó que en Nuevo Ferri existe interés en llegar a un entendimiento, sobre la base de un valor que puedan pagar las familias afincadas, las que además deberán empezar a pagar, si hay normalización, por los servicios y por las tasas municipales, por lo que no pueden excederse económicamente más allá de un límite. Son conscientes de las dificultades que la ocupación trajo a los propietarios y por eso están dispuestos a hacer su máximo esfuerzo. Además, su propuesta implicará un monto mucho mejor que el que devendría de una eventual expropiación” (Diario La Mañana Cipolletti , 5 de diciembre de 2017).

“Propondremos un precio por las tierras

que pueda ser pagado por los vecinos y que, a su vez, sea útil para los propietarios. Si no hay acuerdo, iremos por la utilidad pública. Juan Acevedo. Vecinalista de Nuevo Ferri” (Diario La Mañana Cipolletti, 5 de diciembre de 2017).

“En nuestro barrio, son las familias las que se han encargado de tener todo en las mejores condiciones posibles”, enfatizó Acevedo, para quien los anuncios de soluciones por el Municipio “parecen tener más un carácter electoral que otra cosa”. Expresó que tampoco hay muchas expectativas con el Renabap, porque los trámites por servicios y otras gestiones no avanzan nada” (Diario La Mañana Cipolletti , 5 de diciembre de 2017).

21.



La vuelta del siglo no pasó en vano por Ferri y con el primer jalón de su expansión, el pueblo-barrio cedió paso al pueblo-puzzle. Ferri se volvió un rompecabezas con una identidad y un perfil más fragmentario. Dejó de ser esa comunidad que se desarrollaba en ocho manzanas para convertirse en un territorio lleno de texturas, repleto de pliegues, inimaginables tan solo algunos años atrás. El trazado original se convirtió en un barrio consolidado de la ciudad, con acceso a prácticamente todos los servicios, desde el alumbrado público hasta las cloacas y el gas. Quizás el principal déficit residía en el casillero de las telecomunicaciones, sobre todo en un mundo en que la tecnología es omnipresente: el Viejo Ferri tiene todavía hoy problemas con la señal de telefonía celular. Las treinta y nueve viviendas, por su parte, con el paso de los años se fueron mimetizando con el paisaje circundante. Hoy en día es complicado notar la diferencia entre la trama urbana de mediados del novecientos y la que se sumó en la primera década de la centuria. El “Nuevo Ferri”, aun con sus problemas dominiales y sus indisimulables falencias, tuvo avances

ciertos en lo referido a infraestructura, tanto que algunos vecinos comenzaron a referirse a ella como una “toma VIP”, debido a la enorme distancia que fue tomando con respecto a sus humildes comienzos.

En los últimos diez años, Ferri no dejó de sumar nuevas piezas a un rompecabezas cada vez más complejo. La incesante demanda por suelo urbano fue parcialmente satisfecha en 2013 con 64 viviendas entregadas por el Instituto Planificación y Promoción de la Vivienda de la provincia de Río Negro, una promesa que llevaba diez años madurando. De hecho, fue precisamente su postergación aquello que sirvió de puntapié inicial para el “Nuevo Ferri”, una solución popular a las demoras estatales.

Pero las nuevas edificaciones poco tuvieron que ver con las formas de hacer ciudad que habían caracterizado el primer tramo de las tomas. Este complejo que se sumó no fue un espasmo en la urbanización de nuestro pueblo, sino el fruto de una expansión planificada. Su ubicación fue en zona recomendada por los especialistas, justo a continuación de la trama existente, en esa zona de transición donde Ferri comenzaba a confundirse con su entorno rural. Se erigió en el terreno que, hacia mediados

del siglo XX, había servido de campo deportivo al frustrado club “La Alianza”, limitado por Los Rosales al norte, Las Azucenas al sur, una calle sin nombre que corre paralela a las vías por el este y la San Luis por el oeste.



Sector 64 viviendas. (Fuente: Google Earth)

En poco más de dos hectáreas se construyeron las casas. Los 48 metros cuadrados de cada vivienda incluían un estar-comedor, dos habitaciones y hasta un lavadero. El tamaño y las dependencias no resultó lo único a destacar, también sus materiales. Los pisos eran de cerámicos esmaltados, las carpinterías de aluminio blanco y las puertas exteriores de chapa metálica. Por otro lado, a diferencia del viejo y nuevo Ferri, los servicios nunca fueron un problema y las unidades contaban con sistema eléctrico, instalaciones sanitarias y provisión de gas. El plan se completaba con obras como alumbrado público, veredas perimetrales hormigonadas y calles enripiadas que redundaron en un hábitat modélico.

La única nota de color, un quiebre acaso imperceptible, fue el sistema previsto para el abastecimiento de agua. Las redes autogestionarias que habían funcionado como pilares identitarios de Ferri no pudieron abastecer al nuevo conjunto. La extensión fue una carga imposible de soportar para tanques que habían sido pensados para un número limitado de usuarios. Precisamente por esa razón, el nuevo tendido fue alimentado desde Cipolletti, finalizando el proceso de reorientación hacia la vecina localidad que había comenzado en los albores del pueblo-barrio, allá lejos en los años ochenta.

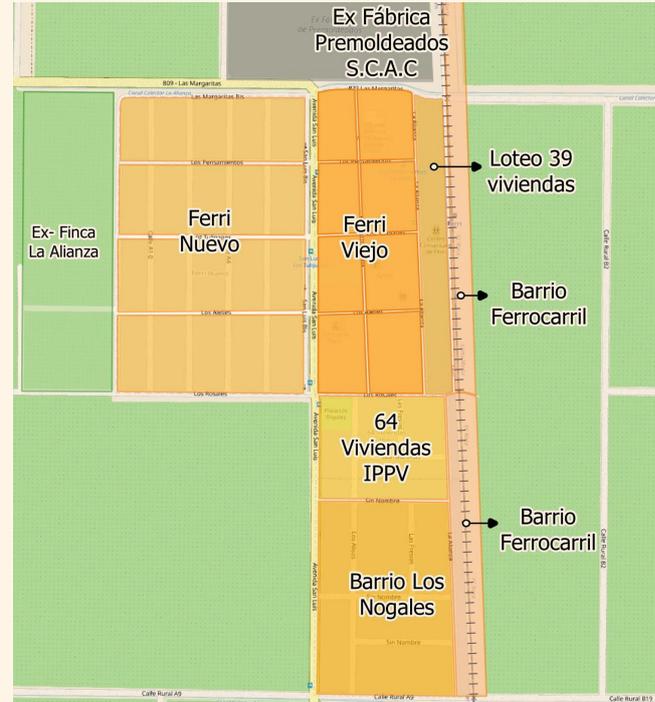
22.



Sin embargo, no todas las piezas del rompecabezas encajaban con tanta facilidad y en el marco de las dos últimas décadas de nuestra historia los cambios no se limitaron al nuevo plan de viviendas. Por detrás de los 39 lotes entregados hacia comienzo del siglo XXI, justo al costado de las vías, se produjo una nueva ocupación de tierras, otra toma. No fue organizada como aquella que había dado vida al “Nuevo Ferri”, sino que se dio por goteo, sin planificación alguna, con una lógica más afín al contexto nacional en el que surgió, que no era precisamente el mejor.

En los años del 2010 a la actualidad, de la mano de la explotación de los recursos no convencionales, tomó un fuerte envión la alquimia que transforma ingresos petroleros en renta inmobiliaria y los problemas habitacionales se intensificaron por todo el Alto Valle. El exceso de liquidez del complejo extractivo neuquino se orientó a la compra de terrenos y la construcción de edificios redefinió el paisaje de la región. El valor de los inmuebles trepó de esta manera a niveles

Pueblo-Puzzle (2010-2023)



Fuente: colección #YoMapeoFerri.

estratosféricos. En el marco de la delicada situación social, producto de una profunda recesión que multiplicó el desempleo, se espiralizó la inflación y esto disparó los niveles de pobreza.

El escenario estaba maduro para que Ferri viera la cara más oscura del progreso. Las necesidades sobaban y el tren al futuro había dejado de pasar por nuestro pueblo. Las vías inutilizadas generaban un territorio intersticial, una finísima grieta que se colaba entre las chacras en sentido norte-sur. La intención de aprovecharlo para uso residencial no era nueva.

El terraplén del ferrocarril, propiedad de la empresa Ferrosur, heredera de Ferrocarriles Argentinos, había sido objeto de intentos de toma en 2009, oportunamente desarticulados por una policía que resguardaba un patrimonio bajo amenaza. El procedimiento no fuera muy diferente al registrado en otras localidades de la región: las fuerzas del orden se apersonaba en el lugar, instaban a que las familias se fueran “voluntariamente” y controlaba los ingresos para que no avanzara la ocupación. Algunos años después, con una realidad cada vez más dura, los diques de la propiedad privada cedieron por su propio peso: los alquileres se volvieron impagables y la presión

ejercida sobre esa estrecha franja de tierra se hizo indetenible. En su gran mayoría, quienes se instalaron allí no habían nacido en Ferri: eran altovalletanos que el mercado inmobiliario había dejado afuera, aunque también migrantes llegados de las provincias del norte atraídos por ese imán llamado Vaca Muerta.

Lo cierto es que el pueblo-puzzle se vio arrastrado por la propia dinámica de la conurbación de Neuquén, de una incipiente área metropolitana que poco atendía a límites jurisdiccionales, pero que había agigantado el abismo que separaba áreas ganadoras de perdedoras. Y la toma al costado de las vías, el barrio Ferrocarril, como después fue denominado, podría incluirse en esta última categoría. En sus seiscientos metros de extensión se asentaron cerca de ochenta familias, especialmente a partir de 2018, cuando todo se hizo cuesta arriba.

Las condiciones de vida en esa porción de Ferri eran extremadamente precarias. Las casillas de madera eran moneda corriente y el hacinamiento una triste realidad. No era extraño, de hecho, encontrar a una decena de personas viviendo bajo un mismo techo. La electricidad se obtenía a través de conexiones clandestinas y eran muchas las familias que, en pleno siglo XXI, utilizaban



Barrio Ferrocarril. (Fuente: colección #FerriEnImágenes)

velas para iluminarse. Las autoridades no se hacían cargo de la recolección de residuos y los microbasurales eran habituales. La calefacción se aseguraba con el uso de leña y las desagües a cielo abierto seguían su curso hasta los canales más cercanos. Muchos hogares no tenían acceso al agua y, para hacerse del vital recurso, debían trasladarse con bidones al “Viejo Ferri” . El alumbrado público era una quimera y cuando la noche caía, nadie caminaba seguro por el barrio Ferrocarril.

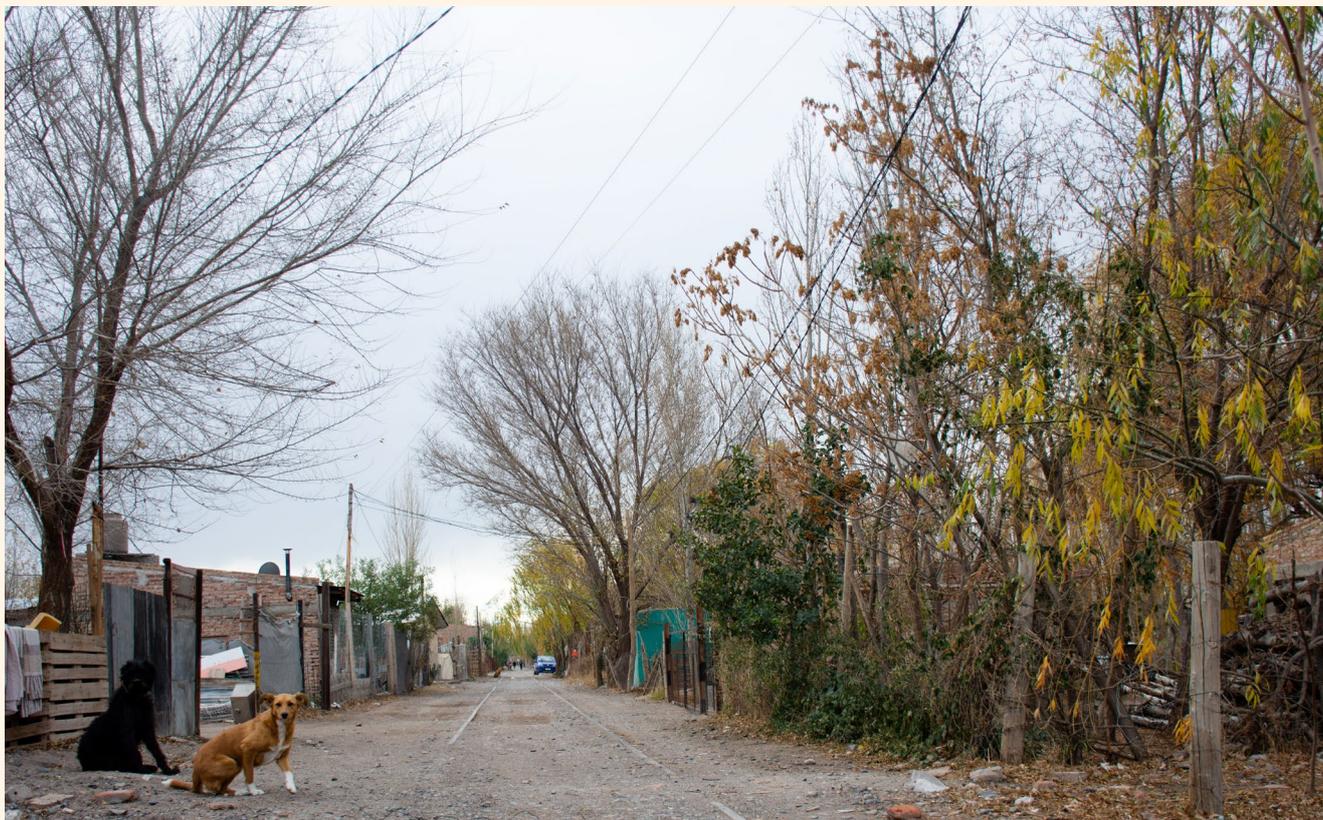
El Estado parecía haberse olvidado de ese rincón del Alto Valle y durante el período tuvo una presencia muy escasa en el lugar. Ejemplos sobran, aunque sólo nos detendremos en algunas postales de un espacio ciertamente relegado. Como primer ejemplo, vemos cómo la combinación entre lejanía y precariedad ponían a los bomberos en aprietos. Una salamandra descontrolada podía consumir a una vivienda en pocos minutos y eso fue lo que sucedió precisamente en abril de 2018. El siniestro comenzó al mediodía y de inmediato los vecinos usaron baldes con agua del canal para sofocar el foco ígneo. La improvisada cadena no fue suficiente y cuando la brigada arribó al lugar, a cincuenta minutos de desatado el incendio, solo quedaban las cenizas de lo que antes había servido

de hogar a un hombre de cuarenta años con su salud mental quebrada.

La segunda postal, muy reciente, tuvo como protagonista al frío, pero resultó igual de claro a la hora de ver las malas condiciones de las agencias estatales a la hora de brindar servicios en la localidad. En el invierno de 2022 se produjo un alumbramiento entre las vías, a siete kilómetros del hospital más cercano. No había un vehículo disponible para el traslado y la parturienta conoció el rostro de su hija en plena vía pública.

Cerremos estas apostillas con una mención a las fuerzas del orden. Según muchos vecinos, su ausencia en el barrio Ferrocarril configuró una zona liberada que agudizó los conflictos entre los vecinos. La llegada de nuevos habitantes que se asentaban en los extremos del asentamiento ponía a prueba un conjunto tácito de reglas que aseguraba la convivencia en un territorio con tantas carencias.

En los años de malaria, el principio invisible que mantenía todo unido era la solidaridad sobre la base del bien común. Los merenderos, por ejemplo, recibían donaciones y colaboraban en la alimentación de decenas de



Barrio Ferrocarril. (Fuente: colección #FerriEnImágenes)



Barrio Ferrocarril. (Fuente: colección #FerriEnImágenes)

personas. Pero cuando los comportamientos individuales prevalecían y la convivencia se volvía asfixiante, el asentamiento generaba sus propios anticuerpos. Las medidas correctivas no solo expulsaban a quienes eran rotulados de indeseables, sino también servían de ejemplo para que nadie se animara a rasgar nuevamente el tejido social. Este mecanismo se puso en marcha en marzo de 2020, cuando un grupo de vecinos, cansados de los robos y de comportamientos reñidos con la ley, hizo justicia por mano propia: quemó la vivienda de una familia forzando su desalojo, ni siquiera sus mascotas se salvaron.

El grave incidente fue la crónica de una muerte anunciada: “Había denuncias realizadas en la policía pero nadie intervino, aunque todos saben lo que allí sucede”, confiaba uno de los habitantes de este sector de Ferri a un medio periodístico local.

23.



La zona de contacto entre las piezas del rompecabezas podía ser caliente. Cuando las siluetas no calzaban a la perfección, la fuerza aparecía como recurso y los conflictos se multiplicaban sin remedio. Nada que, por

otro lado, no conociera Ferri, aunque no podemos dejar de señalar como ahora habían cambiado la intensidad y la variedad de actores involucrados. El denominador común de las pequeñas rencillas barriales era, y es, la creciente fricción por los usos asignados al suelo. Aquellos tiempos en los que lo productivo y lo residencial podían dialogar sin problemas habían quedado sepultados. Su lugar fue ocupado por tensiones, muy localizadas en términos espaciales, en las que se manifestaban problemáticas que ciertamente trascendía los límites de Ferri, pero que aterrizaron en nuestro pueblo-puzzle. No fueron conflictos laborales como los que definieron la suerte de SCAC, cuando el pueblo-fábrica languidecía, allá lejos en los ochenta. Tampoco esas grandes ocupaciones como las que habían dado origen al “Nuevo Ferri” hacia finales de la primera década del nuevo siglo, o la urbanización progresiva sobre tierras vacantes como ocurrió en la ocupación a ambos lados de las vías. Se trataba, en todo caso, de tironeos en torno a cómo usar la tierra y qué valor asignarse: sí constituía un bien de uso o una mercancía, o -en todo caso- si era una palanca de la producción o servía para satisfacer alguna necesidad básica.

La primera lucha por el territorio fue quizás la más relevante en tamaño y por sus efectos en Ferri. En

2018, y luego de diez años de espera, un grupo de ciento ochenta familias se instaló en un predio propiedad de la Asociación de Empleados de Comercio de Cipolletti. Ocuparon lotes que ya venían pagando, pero que por distintas razones que escapaban a su control habían podido tomar posesión. Se trataba de una antigua chacra localizada hacia sur de Ferri, justo al lado de las 64 viviendas, y que comprendía unas seis hectáreas, entre la calle San Luis y las vías. El cambio de uso del suelo nunca fue aprobado, los pagos a la familia Bordignon -antigua propietaria de la parcela- no fueron saldados y la alarma de los beneficiarios se encendió. La situación económica no era la mejor y temían que se produjese allí una nueva toma de tierras. La realidad de los ocupantes era muy diferente de la de quienes decían protegerse: cruzaron sus vehículos, dividieron los lotes y contrataron baños químicos para sostener la acción. En pocas semanas, comenzaron a aparecer las primeras plateas y cuadrillas de albañiles. Esta nueva pieza del rompecabezas, esta suerte de frontera abierta en la urbanización de Ferri, dejó una potente moraleja: la valorización inmobiliaria, esa inflación en el valor del suelo, no solo afecta a los segmentos más vulnerables de la sociedad, sino también a sectores de ingresos medios que han tenido enormes dificultades para acceder a la vivienda propia.

El segundo episodio de tensión se dio entre el consorcio de regantes y unas treinta familias que se instalaron al sur del barrio Ferrocarril. No afectaba al conjunto del asentamiento, sino su porción más reciente, aquella que había comenzado a ser habitada hacia fines de 2019 y comienzos del año siguiente. La cercanía de las precarias viviendas con respecto al canal impedía su limpieza, provocando una acumulación de basura que dificultaba el riego de un sector de chacras aledaño a Ferri. El argumento defendido por el consorcio era de neto corte técnico: las labores de mantenimiento precisaban de un margen de cuatro metros y, al no respetarse tal distancia, era necesario reinstalar a las familias involucradas. Para estas últimas existía una alternativa que permitía compatibilizar el derecho a habitar y el de producir: un desvío del canal hacia el lado opuesto al que están ubicadas las casas, una especie de by pass que asegurase caudal sin afectar al nuevo sector del pueblo-puzzle. La cercanía de la cosecha, a finales de enero de 2020, apuró los tiempos y el Estado municipal se hizo presente, casi como descubriendo la precariedad del barrio Ferrocarril. En cuestión de semanas, aparecieron contenedores para que los habitantes depositaran allí sus residuos. Y la misma prestanza mostró para atender a los regantes, y el

municipio decidió hacerse cargo de la limpieza de los cuatrocientos metros en cuestión. La solución parecía salomónica: las familias no serían desalojadas y el consorcio se sacaba de encima un problema operativo de envergadura.

El tercer momento de efervescencia se vivió en la primavera de 2020, en plena pandemia, cuando los problemas sociales acumulados desde 2015 se intensificaron por el aislamiento forzoso y la paralización de la actividad. El escenario de los acontecimientos fue la chacra Gavetti, ubicada a quinientos metros del Ferri Viejo, sobre calle San Luis. Un grupo de familias se habían instalado en un establecimiento que no parecía estar en producción o, por lo menos, no con la intensidad de antaño (algunos testimonios hablan de un recién sembrado maizal). La reacción de las autoridades fue automática. No apeló al repertorio tradicional, casi folklórico, de rodear y evitar que llegaran nuevos ocupantes, sino a una fórmula novedosa: la represión.

Todo se produjo la medianoche del 25 de septiembre. El personal policial fuertemente pertrechado y en presencia de tres fiscales desarticuló la toma, antes de que las familias armaran sus carpas y en medio de fogatas que

tapizaban el predio. Los funcionarios judiciales informaron sobre la comisión de un delito y, acto seguido, comenzaron los forcejeos y gritos. Las escopetas dispararon municiones de goma al aire y las piedras se precipitaron contra los uniformados. Al final, una intensa lluvia calmó los ánimos y ayudó para que el desenlace no fuera trágico, no hubo heridos y solo una persona terminó la jornada en la comisaría. Luego del violento intercambio, la chacra volvió a ser controlada por sus dueños y los ocupantes a deambular por una conurbación que se había vuelto particularmente hostil contra ellos. La reacción de las fuerzas del orden corrió en paralelo con la valorización del suelo: una chacra ocupada era un casillero menos en el ajedrez de las desarrolladoras inmobiliarias, una oportunidad de negocios que se escurría por sus dedos.

24.



Para el final, un cierre en la misma clave con la que comenzamos, la microhistoria. A tal fin, hemos seleccionado un relato, una biografía entra todas las que volvieron importante a Ferri como una mirilla desde donde observar la síntesis de las distintas etapas por la que transitó la localidad, la de Antonio Pistagnesi.

Tony, uno de los tantos *Menocchios* de nuestra historia, es uno de los hijos de una familia de pioneros que, en los cuarenta, se hizo de una parcela por medio de una extensa financiación. Hasta tanto el monte frutal se encontró en condiciones de producir, el cultivo de legumbres y de hortalizas permitió dar sustento al matrimonio y a sus seis hijos. El margen para contratar mano de obra era nulo y el trabajo familiar fue la norma. En esa etapa inicial de la explotación, las labores productivas y las de cuidado confundían sus límites. Estela, con solo doce años, llevaba a su hermano menor Antonio en andas mientras cuidaba de la huerta. Criado entre chacras, como su pueblo.

Algunos años después, hacia fines de los sesenta, Antonio fue uno de los tantos trabajadores de SCAC, dado que prefirió la fábrica de premoldeados para diversificar los ingresos familiares y no comprometer la evolución de la chacra. Solo a mediados de los setenta, la explotación culminó su despegue permitiendo ingresos relativamente sólidos para sus integrantes. Esta situación fue momentánea, cuando la crisis de la fruticultura se manifestó en toda su expresión, Tony, como todos lo conocen en Ferri, se vio obligado a vender la chacra, mudarse a Cipolletti y desempeñarse como taxista.

La trayectoria del menor de los Pistagnesi es un poco la historia de Ferri. Una narrativa que, aunque pulida con el paso de los años, no deja de ser cierta y repetirse en los testimonios de la época. Tony fue un hijo del pueblo-chacra: asistió a la edad de oro de *La Alianza*, pero también fue partícipe de esa acumulación de sacrificio que permitió a su familia volverse chacarera. Apenas terminada su adolescencia, no solo integró la comisión vecinal, sumándose a ese elenco de pioneros que dio carnadura a una muy intensa vida comunitaria, sino que además fue uno de los tantos protagonistas del pueblo-fábrica, de aquellos años en los que Ferri parecía sumarse al proyecto de la Argentina industrial. Luego,

asistió a los últimos coletazos de la fruticultura y vivió en primera persona la creciente influencia que Cipolletti ejercía sobre Ferri, tanto que se vio obligado a cambiar de residencia y de ocupación.

Precisamente desde ese pueblo-barrio, que poco tenía que ver con la localidad en la que había crecido, Tony miraba el pasado cuando lo entrevistamos. Su cuerpo portaba todo ese devenir tan especial y al recordar todo lo vivido, se emocionó. Con lágrimas en los ojos, nos habló y resumió su sentimiento con una frase tan sencilla como emotiva: “el peor error que cometí en la vida fue irme de Ferri; éste es mi lugar”.



Intervención urbana en Ferri. (Fuente: colección #FerriCuenta)



POSTFACIO

Graciela Landriscini



Y llegó la hora de entornar la puerta al texto que narra esta microhistoria que ha puesto a Ferri en el centro del escenario del Alto Valle Oeste. Una tarea de curiosos, dedicados y muy profesionales investigadores/extensionistas de la Universidad Nacional del Comahue y de la de Río Negro, hermanadas, que es a la vez un bordado de expresiones prolijamente dispuesto sobre un denso tejido de relatos, análisis, imágenes, expectativas, hechos, proyectos y reflexiones, recuperados y cuidadosamente engarzados unos con otros, y dándoles sentido temporal y territorial.

Este ejercicio que se plasma hoy como producción escrita nos hace concluir qué importante es revisar la historia de los territorios y las trayectorias y culturas de las familias que los habitan, los crean, los transforman, los disfrutan y los sufren, y también compartir las emociones de quienes los abandonan por múltiples causas y los recuerdan con pesar, con alegría o nostalgia.

Qué relevante es ello para edificar la identidad y la componente de diversidad de un pueblo. Y qué útil es para ello tejer puentes entre las universidades públicas nacionales y regionales a la vez con sus equipos de trabajo para concebir proyectos

de vinculación, ensayar encuentros, bucear en el pasado, desmenuzar el presente e imaginar el futuro, y dejar registros, testimonios y productos humanos y científicos a la vez.

Qué valioso es para el aprendizaje de ida y vuelta de la comunidad de Ferri y del espacio universitario poder interactuar con los saberes de unos y otros, y de unas y otras, con sus conocimientos tácitos y codificados, con creencias, dudas y esperanzas.

Qué estratégico es identificar problemas en conjunto en la vida de un pueblo, descifrar las capacidades y las restricciones propias, y las que genera el entorno, las oportunidades, los avances, los logros y los duelos. Y aún es más valioso reconocer que ello no se forja simplemente como relato enhebrado en una línea temporal y anecdótica, sino con el propósito de explicar las situaciones vividas y los procesos en curso, buscando la razón de ser de cada cuestión, las oportunidades aprovechadas y perdidas; las energías desplegadas, las representaciones, los vínculos locales, la cooperación y el conflicto, las visiones comunes y las diferencias, las debilidades y la persistencia de la voluntad.

Y claro que con el paso del tiempo y en mirada sistémica, es imprescindible procesar juntos y entender la dependencia de lo local de lo que se desenvuelve a otras escalas, de lo que resulta del cambio técnico y de la economía; de las decisiones de otros y otras que se toman a la distancia, en lo privado, guiadas por los mercados, y en lo público guiadas por lo que definen los regímenes políticos abriendo o cerrando la participación popular, garantizando derechos o negándolos, construyendo infraestructura o demorando obras y acciones de fomento y gestión asociada.

Es decisivo entonces reflexionar acerca de la lógica que impulsa el uso de los recursos por parte de las empresas en cada tiempo a nivel global y regional que impacta en lo local, en el caso de la tierra rural y urbana, el agua, el capital, y el lugar otorgado al trabajo humano, a la capacitación, a la participación y al descanso. Y también conocer en profundidad la lógica de la asignación de los recursos públicos, la disputa interjurisdiccional a nivel de los gobiernos, y cómo las tensiones, los acuerdos, los compromisos, los lobbies y las cristalizaciones institucionales condicionan el qué y el cómo hacer. Y cómo ello delinea el futuro y se proyecta en la población local aprendiendo al hacer, interactuando y reclamando; entre fuerzas asociadas y fuerzas contradictorias; entre lo viejo y lo nuevo; entre los nacidos y criados y los llegados después desde otras latitudes y marcados por otras microhistorias, relaciones y culturas; entre lo conocido y lo desconocido, entre lo cierto y lo borroso; entre lo similar y lo diverso; y entre lo individual y lo colectivo.

Escribir las últimas páginas de este texto no es cerrarlo con la tapa del mismo; no es apostar a archivar esta microhistoria; es dejar dicha tapa entreabierto a un nuevo tiempo, a la espera de la llegada de nuevos protagonistas, la ocurrencia de nuevos hechos y la gestión de nuevos proyectos que den cuenta del devenir local asociado a la producción primaria e industrial, a los servicios y el trabajo, a la reproducción social, y la transformación de la naturaleza y las instituciones. Esa dinámica -como bien lo marca el texto- evidencia a lo largo del tiempo armonías y tensiones, acuerdos y desacuerdos, y múltiples desequilibrios que combinan hechos e ideas del pasado y el presente, y acompañan los cambios que marca el entorno, visibilizando desigualdades y divergencias, y desatando con el avance urbano poco planificado riesgos ambientales y sociales.

El desenvolvimiento económico de Ferri, las formas que adoptó la organización social en cada etapa de su vida desde el pueblo chacra al pueblo puzzle, y los cambios en su configuración espacial operaron y operan en vasos comunicantes con la gran transformación que ha tenido y tiene lugar en el área metropolitana que cubre la Confluencia neuquina y el Alto Valle rionegrino. Producto de la expansión de las actividades económicas, en particular las de energía, las de la construcción y los servicios privados y sociales y la conectividad, se han transformado las funciones de las ciudades del entorno y el sistema urbano regional. Ha emergido una nueva ruralidad, se construyen nuevas obras de infraestructura, nuevas vías de comunicación, y se organizan y expanden los parques industriales y avanza la urbanización sobre las tierras productivas. Se encienden luces y se generan sombras, a partir de las señales del crecimiento económico y las dificultades de la inclusión social que modifican las expectativas de los habitantes de Ferri y de las localidades cercanas, alteran el mercado inmobiliario y ponen en tensión la cuestión de la tierra productiva e improductiva en contraste con la creciente demanda de suelo urbano. Así como en el pasado las actividades económicas fueron virando de la fruticultura a la industria, y de la industria a la construcción, y al trabajo en el complejo avícola regional, en el presente la ilusión del trabajo petrolero, el atractivo de las remuneraciones del sector y la coexistencia con el trabajo rural golondrina marcan una diferenciación en el pueblo puzzle, que quiebra la identidad del siglo XX y crea un rompecabezas de identidades, habilidades, procedencias, proyectos, imaginarios, expectativas y vínculos viejos y nuevos, no exentos de conflictos. Los nacidos y criados y los recién llegados se convierten en referentes con dificultosa articulación. Los lazos que unían a las familias tradicionales se van evaporando en nuevas lógicas de vinculación; el mercado pesa, el precio determina, y la cooperación se convierte en algo escaso.

Un mundo nuevo se va configurando en la segunda década del siglo XXI y Ferri enfrenta los cambios y los procesa de su entorno a partir de su historia, de sus saberes, de sus capacidades acumuladas, y sus comportamientos individuales y colectivos. Ensayo la resiliencia y expresa crecientes demandas al Estado que plantean las nuevas generaciones de las familias asentadas a lo largo de un siglo y las de los recién llegados. A la tierra y la vivienda, el agua potable, la electricidad y el gas, se le suma la necesidad de la conectividad, del transporte interurbano, de la presencia y el accionar de las fuerzas de seguridad y de una mayor dotación de recursos en materia de salud y educación pública. Nada de esto se da de suyo, y gestionar el fortalecimiento de la infraestructura y una mayor presencia del Estado en la prestación de los servicios básicos para lograr una mejor calidad de vida constituye uno de los desafíos que a diario enfrenta la población local para que sea respetado el derecho a la ciudad y al hábitat. A partir de ello, las mejoras requeridas en regularización dominial, servicios básicos e interconexión con otros centros urbanos o de servicios rurales requieren de la movilización de la población, y de su organización que enmarcada en las instituciones existentes y disputando el acceso a programas oficiales nacionales y locales fortalezca la capacidad de gestión y la configuración de un espacio público como caja de resonancia de la participación social.

Finalmente, escribir el cierre del presente texto acompañando a sus autores y autoras, y a los protagonistas que han dado vida original y nueva a Ferri es en sí mismo un gran desafío. Desentrañar con ellos y ellas las etapas fundacionales, hechos, historias familiares, ciclos que van del pueblo chacra, al pueblo fábrica, al pueblo barrio y al pueblo puzzle con sectores asentados en la precariedad en contextos cambiantes

enredados en los ciclos políticos y económicos de la Argentina y la región patagónica reviste un gran atractivo y es a la vez una gran responsabilidad. Se cruzan al hacerlo múltiples sensaciones y emociones, surgen interrogantes y se abren caminos para pensar acciones, y encaminar gestiones que puedan cooperar a resolver algunos de los múltiples problemas que en Ferri se visibilizan. Compartir con docentes investigadores e investigadoras universitarios con quienes hemos transitado espacios de trabajo común y hemos recorrido tiempos de expansión y retracción de nuestros presupuestos y recursos, constituye parte de un compromiso común que fortalece la educación superior y la producción de conocimiento y la hace dialogar con familias, con referentes locales, con el fin de captar la esencia de la identidad local vieja y nueva, y consolidar nuevas formas de hacer Historia centrada en las vidas privadas y en las construcciones colectivas desde abajo.

Cada ser humano nace en un lugar, crece en ese lugar o en otro, y guarda en su memoria recuerdos, anécdotas de la niñez y la adolescencia, logros y sueños grupales y personales, imágenes familiares y sociales. Se cuentan como en capas geológicas los recuerdos de las fiestas escolares, los festejos del día del pueblo, los corsos en carnavales, el andar de los caballos y del tren, y los relatos de abuelos y abuelas, tíos y tías, vecinos y vecinas sobre los tiempos prósperos y sobre aquellos de fundación, restricción y pobreza. El recorrido del libro que llega a un final abierto tiene esa virtud, recupera con testimonios y fuentes la historia local, los orígenes y la metamorfosis material y social de la chacra La Alianza al rompecabezas formal e informal. Y de ese modo, con el rescate de hechos claves, y de la trayectoria de referentes diversos se recupera memoria y verdad, y se reclama por los olvidos oficiales y las decisiones privadas buenas y no tan buenas.

Los y las investigadores que dieron visibilidad con su pluma a esta micro historia dejan un legado maravilloso compartido con los protagonistas de hoy y de ayer, con las y los que pusieron voluntad en dar testimonio, en buscar registros cuanti y cualitativos, en interrogarse y responderse, en buscar datos y armar información a nivel grupal, a nivel vecinal, y más allá de las hectáreas que ocupa Ferri Viejo y Ferri Nuevo. Ayudar a buscar catastros, fuentes orales y escritas es una tarea que queda claro en las páginas escritas y en las imágenes que es una obra colectiva, en la que el tiempo dedicado y el amor puesto fueron esenciales.

A todos y todas los y las protagonistas, y a cada uno y cada una desde su lugar y su papel directo o indirecto, el mayor de los reconocimientos por hacerlo posible. A quienes se conjugaron para que este proyecto naciera y a los y las que lo alimentaron una felicitación muy especial porque trae al presente la historia de abuelos y abuelas, de hijos e hijas, de vecinos y vecinas, de lo bueno y lo malo, de lo mejor y lo peor, porque de todo y de todos y todas se aprende, y el saber de cada uno y cada una entretejido en cada capítulo, en cada párrafo, en cada imagen, queda como un capital social en la historia de un pueblo y en la memoria de todos y todas, aporta a la verdad y desentraña sueños, temores, injusticias, necesidades, logros y pérdidas para que ello sirva en la proyección del futuro.

Gracias por el esfuerzo y el tiempo invertido en recrear a Ferri en páginas y en la energía de adultos, de niños, niñas y adolescentes. Sin duda este texto será fundamental para que ocupe un lugar de honor en la Biblioteca local y sea leído, comentado y valorado en escuelas primarias y secundarias, y sirva de material imprescindible en los espacios de estudio de las ciencias sociales en nuestras universidades nacionales en cuanto

a lo teórico y metodológico y en cuanto a la recuperación empírica de hechos, ideas y relaciones.

Por Ferri valen estas páginas, por sus pioneros, por los y las que les siguieron, por los y las que siguen llegando, cada uno y cada una con su carga de esperanza, por todos y todas los y las que aquí han vivido y por esfuerzo propio tuvieron acceso al agua, construyeron espacios físicos comunitarios, y bregaron por la electricidad. Y por los y las que luchan al presente por una parcela de tierra, por un techo y los servicios básicos, por normas justas y un Estado y presupuesto presente para resolver las necesidades que se asocian a los derechos humanos. Y porque es una necesidad que el nuevo tiempo de la expansión de las inversiones energéticas y de la urbanización poco regulada no arrase con el pasado junto con las plantaciones, porque no destruya los canales de riego, porque prime la sustentabilidad social, ambiental y política que haga realidad el derecho a la ciudad. Por todo esto, gracias a mis compañeras y compañeros por compartir su aventura y darme la oportunidad de escribir estos párrafos a modo de cierre provisorio y reflexión.

BIBLIOGRAFÍA



Alcaman, E., Braicovich, C, y C. Casciani. (2006) *75 años de caminos compartidos. Escuela N°36 "Antonio Lamolla" Ferri, Cipolletti, Río Negro*, Ediciones artesanales Silvia y Freddy, Cipolletti.

Biblioteca Luis Entraigas (2022). *Ferri: los vecinos cuentan su historia. Crónicas del pasado. Ferri: S/D.*

Diario La Mañana Cipolletti (23 de julio de 2012). Municipio de cipolletti recibió a referentes del asentamiento Nuevo Ferri. Recuperado de <https://www.lmcipolletti.com/municipio-cipolletti-recibio-referentes-del-asentamiento-nuevo-ferri-n447650> [consultado el 10/04/23]

Diario La Mañana Cipolletti (30 de julio de 2012). Nuevo Ferri: se reunirán con Baratti. Recuperado de <https://www.lmcipolletti.com/nuevo-ferri-se-reuniran-baratti-n447864> [consultado el 26/03/23]

Diario La Mañana Cipolletti (05 de diciembre de 2017). ¿Nuevo Ferri, la próxima toma que se regularizará? Recuperado de <https://www.lmcipolletti.com/nuevo-ferri-la-proxima-toma-que-se-regularizara-n573385> [consultado el 26/02/23].

Diario La Mañana Cipolletti (4 de octubre de 2017). No para de crecer la toma junto a las vías en Ferri. Recuperado de: [No para de crecer la toma junto a las vías en Ferri \(lmcipolletti.com\)](https://www.lmcipolletti.com) [Consultado el 26/04/23]

Diario La Mañana Cipolletti (6 de octubre de 2017). La urbanización de Nuevo Ferri llegará al Concejo. Recuperado de <https://www.lmcipolletti.com/la-urbanizacion-nuevo-ferri-llegara-al-concejo-n566684> [consultado el 26/03/23]

Diario La Mañana Cipolletti (20 de abril de 2018). Incendio le quemó todo a un vecino de la toma de Ferri. Recuperado de: [Incendio le quemó todo a un vecino de la toma de Ferri \(lmcipolletti.com\)](https://www.lmcipolletti.com) [consultado el 26/04/23]

Diario La Mañana Cipolletti (8 de junio de 2018). Nuevo Ferri da una última chance a la negociación con dueños. Recuperado de <https://www.lmcipolletti.com/nuevo-ferri-da-una-ultima-chance-la-negociacion-duenos-n594564> [Consultado el 26/03/2023]

Diario La Mañana Cipolletti (16 de enero de 2019). La toma de las vías no para de crecer y hay más casos de pobreza extrema. Recuperado de: [La toma de las vías en Ferri no para de crecer y hay casos de pobreza extrema \(lmcipolletti.com\)](https://www.lmcipolletti.com) [consultado el 26/04/2023]

Diario La Mañana Cipolletti (17 de enero de 2019). Nuevo Ferri, sin avances en la regularización. Recuperado de <https://www.lmcipolletti.com/nuevo-ferri-avances-la-regularizacion-n620215> [consultado el 26/03/23]

Diario La Mañana Cipolletti (20 de enero de 2020). El Municipio intervendrá en el traslado de viviendas. Recuperado de: El Municipio intervendrá en el traslado de viviendas (lmcipolletti.com). [consultado el 26/03/23]

Diario La Mañana Cipolletti (4 de mayo de 2020). La crisis por el aislamiento se hace sentir en Ferri. Recuperado de: La crisis por el aislamiento se hace sentir en Ferri (lmcipolletti.com) [Consultado el 26/04/23]

Diario La Mañana Cipolletti (19 de enero de 2021). Susto: se prendió fuego una casilla en Ferri. Recuperado de: Susto: se prendió fuego una casilla en Ferri (lmcipolletti.com) [Consultado el 26/04/23]

Diario La Mañana Cipolletti (14 de abril de 2022). Nuevo Ferri, excluido del proceso de regularización de las tierras. Recuperado de <https://www.lmcipolletti.com/nuevo-ferri-excluido-del-proceso-regularizacion-las-tierras-n903089> [consultado el 26/03/23]

Diario La Mañana Cipolletti (11 de agosto de 2022). Nuevo Ferri: se define pronto la construcción de cordón cuneta y veredas. Recuperado de <https://www.lmcipolletti.com/nuevo-ferri-se-define-pronto-la-construccion-cordon-cuneta-y-veredas-n936642> [consultado el 12/12/22]

Diario La Mañana Cipolletti (23 de enero de 2023). Tomas de las vías de Ferri: con poca agua y casi sin luz. Recuperado de: Tomas de las vías de Ferri: con poca agua y casi sin luz (lmcipolletti.com) [consultado el 23/04/22]

Diario Río Negro, (27 de julio de 2003). De recorrida por una fábrica. Recuperado de <https://www.rionegro.com.ar/de-recorrida-por-una-fabrica-AXHRN0307272027132/> [consultado el 05/04/2023]

Diario Río Negro, (21 de Marzo de 2011). Cien años del barrio Ferri de Cipolletti. https://www.rionegro.com.ar/cien-anos-del-barrio-ferri-de-cipolletti-HDRN_584663/ [consultado el 05/04/2023]

Gobierno Municipal de Cipolletti (2010). *Cordón cuneta en barrio Ferri*. Cipolletti: Obra Pública Municipal.

Municipalidad de Cipolletti (2010). *Ferri 100 años. Un barrio pionero*. Cipolletti: Municipalidad de Cipolletti-Rotary International.

Municipalidad de Cipolletti (2011). *Hechos cipoleños. 2003-2011: ocho años de gestión municipal*. Cipolletti: Dirección de Comunicación Institucional.

Perez Morando, H. (21 de marzo de 2011). Cien años del barrio Ferri de Cipolletti. Río Negro. Recuperado de https://www.rionegro.com.ar/cien-anos-del-barrio-ferri-de-cipolletti-HDRN_584663/ [Consultado el 21/10/23]

Pollolín, S. A. (2011). *Compartir lo nuestro, 1(1)*. Recuperado de <https://pollolin.com/compartir-lo-nuestro-n1/>

Pollolín, S. A. (2012). *Compartir lo nuestro, 1(2)*. Recuperado de <https://pollolin.com/compartir-lo-nuestro-n2/>

Portal Cinco Saltos al Dia (16 de julio de 2022). Ferri: su beba nació en medio de las vías y con temperatura bajo cero. Recuperado de: Ferri: Su beba nació en medio de las vías y con temperatura bajo cero - (cincosaltosaldia.com.ar)[consultado el 23 de febrero de 2023]

Portal Mejor Informado (1 de marzo de 2020). Vinculan a los Bin Laden con una cruel historia de la toma de Ferri. Recuperado de: Vinculan a los Bin Laden con la cruel historia de la toma de Ferri - Mejor Informado [consultado el 26/04/2023]

Portal Mejor Informado (24 de abril de 2019). En tiempos de crisis, la pobreza extrema es primera persona. Recuperado de: En tiempos de crisis, la pobreza extrema en primera persona - Mejor Informado [consultado el 26/04/2023]

Portal Mejor Informado (26 de abril de 2020). En tiempos de crisis, la pobreza extrema es primera persona. Recuperado de: Tras el horror en la toma Ferri, una pequeña luz - Mejor Informado [consultado el 26/04/2023]

Portal Mejor Informado (26 de septiembre de 2020). A balazos impidieron una nueva toma en Cipolletti. Recuperado de: A balazos impidieron una nueva toma en Cipolletti - Mejor Informado[consultado el 26/04/2023]

ISBN 978-987-604-644-2



9 789876 046442



educo
Editorial Universitaria
Universidad Nacional del Comahue

CiN REUN

Red de Editoriales
de Universidades Nacionales
de la Argentina